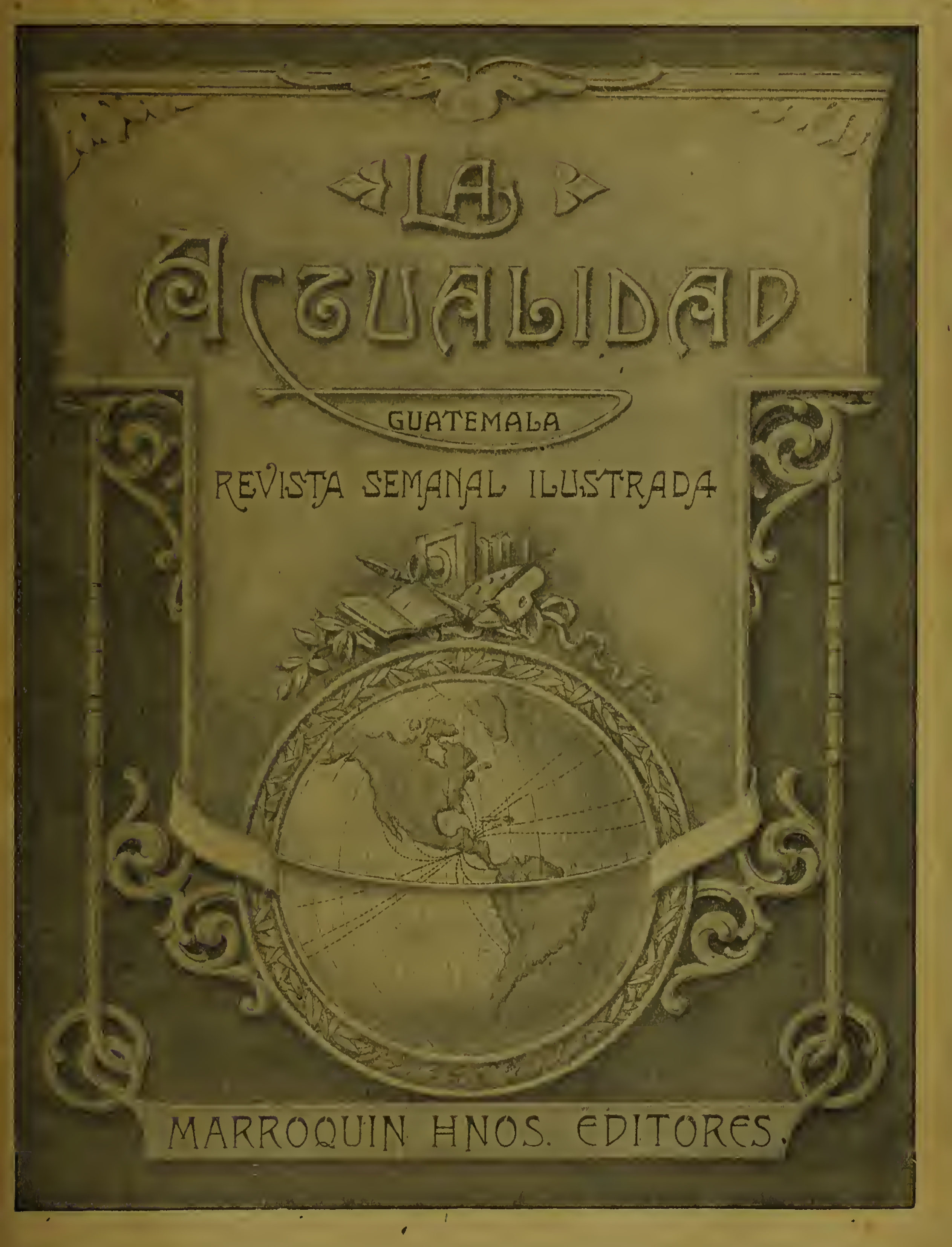
Número suelto ($5) CINCO PESOS. Suscripción mensual, $20




LA VIDA ES DELICIOSA
si para gozar de los placeres que ofrece sabemos rodearnos de una agradable compañía.
Cuando en una mesa se agrega a lo elegante del servicio, a lo selecto de los manjares y a lo delicado de los vinos el encanto de una conversación animada e ingeniosa, parece que todos aquellos otros placeres se hacen más intensos y experimentamos la exquisita sensación que nace del sano deleite de los sentidos mezclado con el regocijo espiritual.
Pero esas horas amenas suelen traernos al día siguiente, como consecuencia del esfuerzo impuesto a nuestro organismo y especialmente a las facultades mentales, una grave depresión nerviosa acompañada de insoportables dolores de cabeza, malestar, sobresalto, vértigos y una completa laxitud que nos roba todos los deseos y todas las ambiciones.
Afortunadamente, no es inevitable que las horas de alegria tengan tan triste secuela. Hay un medio sencillo y agradable de evitar que el desasosiego de hoy nos amargue la dicha de ayer. Ese medio son las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA (con la Cruz Bayer en la etiqueta roja.) Basta tomar dos para que el dolor de cabeza desaparezca, para que los nervios recobren su equilibrio, para que el cerebro se despeje y para que volvamos a sentirnos en plena posesión de nosotros mismos.
Las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA aumentan los encantos de la vida, por que nos permiten gozar de ellos sin estar atormentados por el temor de sus desagradables consecuencias.
BAYER
E.S.A.

"LA ACTUALIDAD"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 260. Guatemala, 13 de diciembre de 1919. Año VII



NOTAS DE ACTUALIDAD



LOS DESCARRILAMIENTOS

Desde hace algún tiempo que el servicio de los ferrocarriles internacionales de Guatemada, deja que desear.

Aunque pocas veces, las salidas suelen atrasarse de cuando en cuando; pero las llegadas son materia de contínuas y bruscas alteraciones. Nunca llegan los trenes, como antes, a las horas reglamentarias, y vienen siempre cuando menos, con minutos sinó horas de retención, ya por una ya por otra circunstancia. Esto causa perjuicios indecibles a los pasajeros que vienen fatigados y molestos en los vagones y hace que sufran esperas interminables las personas de todas las clases sociales que van a las estaciones a encontrar a sus familiares.

Esta irregularidad no puede continuar así, porque dá origen a muchos trastornos. Por otra parte, ella es reveladora de algo inusitado que es necesario remediar inmediatamente.

¿Depende de insuficiencia en la parte técnica; o bien es el resultado de casos fortuitos?

No creemos lo primero, y ya son muchas y muy repetidas las faltas para que sea lo segundo.

Más bien creemos que la irregularidad proviene del desgaste e inutilización paulatina que ha sufrido el material o que el mal estado de la vía ocasiona tardanzas.

Esto último es lo más lógico si se toma en cuenta que hay un dato revelador: los frecuentes descarrilamientos que se vienen sucediendo por desgracia con harta frecuencia desde hace varios meses y con inusitada repetición desde hace varios dias, hasta el último del Domingo 7 del corriente, cerca de San Fernando.

Esto trae altamente alarmada a la gente en general y desazonada a aquella parte de los individuos que por necesidad tiene que viajar frecuentemente. Las consecuencias de un descarrilamiento son graves, y no siempre se puede contar con que todo pare sólo en susto.

Aparte de ésto, que en señoras nerviosas puede traer desarreglos orgánicos peligrosos, si la cosa no va más allá, aun así se ocasionan a los transeuntes molestias sin cuento. En tanto llega el tren de auxilio los pasajeros se están horas enteras al sol o al sereno, sin haber comido, desvelados y expuestos a peligros o a contraer enfermedades.

Es universalmente sabido que una vía férrea necesita un cuidado contínuo para mantener perfectamente lastrado el carril y evitar así que el paso contínuo afloje rieles o durmintes, pues si esto sucede, la vía se abre, saltan los carros y sobreviene inevitablemente el descarrilamiento con todas sus consecuencias. Este es uno entre tántos casos, que apuntamos por ejemplo; pero hay otros muchos que también provocan desastres, y que se pueden evitar en cuanto es posible con el cuidado diario, y con severa organización: un riel roto que no se ha visitado ni notado, un tornillo zafado, un maquinista borracho a quien no se separó al arrancar el tren, un guardaagujas negligente, una señal mal interpretada o mal dada por un novicio, un durmiente podrido que cede al peso, todos son motivos para mandar a la eternidad a cientos de vidas

Todo lo que se gaste en estos menesteres, no es dinero desperdiciado y toda la atención que se ponga, es poca, pues se trata de la vida de seres humanos que es sagrada en todas partes del mundo. Aun sin tratarse de ella, los semovientes y ganados que a cada poco se conducen, tienen de-

terminado valor en las finanzas y en el altruismo de los pueblos civilizados y las mercaderías que se destruyen o perjudican, contribuyen a crear dificultades y crisis ficticias de que cada empresa ferroviaria es responsable.

En el orden natural de las cosas y dentro de la perfección técnica que deben tener los caminos de hierro, los descarrilamientos no son cosas naturales; y casi siempre —(salvo caso fortuito)— pueden achacarse a descuidos y dejadeces.

Ya no se pueden ocultar los accidentes, ni por otra parte, con el fatal sistema de ocultar los males para que se crea que todo camina bien, se remedia nada. Si el silencio repusiera vidas perdidas, callaríamos hasta el día del juicio final; pero a la inversa, es dañoso porque confía a los empleados y dá lugar a repeticiones.

Aunque ninguna de estas consideraciones militase, subsiste la princpal y muy de tenerse en cuenta, que el público que es el pagano, tiene derecho a saberlo todo, a comentarlo todo y a exigir el buen servicio por su propia conveniencia. El público tiene derecho inalienable a saber las cosas que tan directamente le atañe, tiene derecho a que se le atienda y a que se enmiende lo malo.

Es caballeroso y atento el Sr. Clark, Gerente de los ferrocarriles de Guatemala, y ya otras veces ha sido deferente con las indicaciones de la prnsa, como hijo de un país en que se atiende a la opinión pública. A él nos dirigimos, pues, de manera respetuosa, suplcándole ponga un remedio inmediato para que cesen las irregularidades, y quede como antes, segura la vida y los intereses de todos aquellos que en una u otra forma se ven precisados a ocurrir a los servidores del ferrocarril.

LOS REZADOS Y LAS NOVENAS

Es tradicional entre nosotros el mes de Diciembre. En él se verifican las procesiones llamadas rezados, comenzando con el de Concepción que sale el primero de todos desde tiempo inmemorial, de la iglesia de San Francisco y que terminan con el de Nuestra Señora de la O, propio del Calvario.

Por más que muchos novenarios se alargan al mes de Enero, la generalidad de los católicos los celebra en el corriente mes.

Y esta nota religiosa más propia de calendario que de revista, nos sirve para indicar, que este tiempo de novenas, rezados y nacimientos es el más alegre y atrayente de Guatemala.

Las jóvenes de todas las clases sociales se engalanan y se acicalan cuidadosamente para ir a los rezados, no precisamente tal vez por espíritu fervoroso, pues aunque no falta en ellas al decir de sus celosas mamás, es otro el incentivo: el de ser admiradas como lo merecen por los polluelos galanteadores, que también asisten para verlas pasar y, así como al descuido, poder decirles quedo y al oído un piropo.

Es de ver las mengalas emperifolladas con sus trajes de colores chillantes, en que prevalecen los rojos y los verdes subidos de los mantos y rebozos, y los azules o morados de las enaguas, sin que falten en las camisas entre tiras bordadas, listones lilas o rosados, y todo este abigarrado conjunto, corriendo parejas con las zapatillas coquetonas de multiplicadas agujetas y tacones imposibles.

No podía faltar a este conjunto una nota local: los patojos con las más variadas indumentarias, según el estado de riqueza de los padres. Esos chiquillos son los verdaderos héroes de esas celebraciones populares. Diablillos en toda forma, ya dan un candelaso a una anciana y se escabullen para no ser castigados, ya arrojan triquitraques a la multitud, o ya se lanzan unos a otros, luces de colores y canchinflines.

Una de sus víctimas favoritas, es la orquesta que va acompañando a la imagen, cantando la eterna ave-maría de Don Víctor Rosales. Cohetillo que acierta sobre un violín o sobre la nariz de quien toca el trombón, es el colmo del gusto de esos maliciosos nenes.

Todo esto pasa de ser inocente pasatiempo más o menos tolerable o molesto; pero lo que en estas festividades es peligroso y ahora más que nunca, es la mala costumbre de soltar cohetes, pues, descendiendo las varas con partículas impregnadas de fuego, es fácil que se comunique a la madera reseca de las covachas o al tejado pa-

jizo de los ranchos de algunos campamentos y se presente un incendio de incalculables consecuencias. El caso no es de mera retórica periodística, como se calificó por álguien, sino de positivo y diario peligro. Los vientos impétuosos de esta época, serían los mejores conductores del fuego que podría tomar grandes proporciones.

Haciendo caso omiso de los posibles incendios, esas mismas varas caen sobre las multitudes. En el caso más favorable, sólo un golpe más o menos fuerte se sufre; pero si a éste se agrega el incendio de la ropa ahora que está tan cara, ya la cosa varía, y vale la pena de tomarse en consideración por las autoridades.

En más de dos o tres mil hogares se ponen **nacimientos** y se celebran **acabos**. Pues bien: sobre ese peligro hay una molestia.

Cada hijo de vecino quiere celebrar ostentosamente el **acabo** de su novena; y es de ver como marimbas y cajas de música, aunque sea sólo guitarras, se instalan desde temprano de la noche hasta que la aurora de otro día apunta en el horizonte y algunas veces más. Por supuesto que en tanto que los del **acabo** beben, bailan y se divierten, el vecindario vela, y cada cual rabia en su cama, de hambre y de sueño.

Cuando la cosa va bien, pára sólo en estas bullas; pero cuando la blanquita se les sube, hay cierta clase de gente de nuestro pueblo que se vuelve quisquillosa y agresiva: salen a lucir armas blancas y de fuego y todo termina por una verdadera batalla en que no hay cruz roja ni cirujanos militares, pero sí Jueces instructores, policías y camlilas.

No se nos objete que exageramos, pues esto sucede a diario y harto acostumbrados estamos a ver y lamentar esas cosas que con un poco de cuidado y extricta vigilancia, pudieran tal vez evitarse o por lo menos disminuirse en gran proporción.

Respetando el derecho de cada cual, creemos que sería conveniente que la autoridad fijase horas reglamentarias para esas espansiones, por ejemplo, hasta las doce de la noche, en que todavía no hay tanto desvelo y se puede conciliar algo

el sueño; y prohibir la quemada de cohetes por el inminente peligro de los incendios.

Ordenar y reglamentar estas celebraciones no es atacar el sentimiento religioso de nadie, al cual, de conformidad con nuestras leyes tiene perfecto derecho cada habitante; y con ello se conseguiría dar tranquilidad y reposo a la gran mayoría de la población que se recoge para dormir pero no para estar en vigilia después de un fatigoso día de trabajo.

Y valga la lata de este articulejo, siquiera sea en obsequio y en honor de la buena intención que tuvimos al hilvanarlo.

Q. PIDO.

LA CONSTITUCION DEL URUGUAY

El Uruguay, la progresista República de la América del Sur, acaba de introducir en su constitución política algunas reformas tan inexperadas como radicales, y que han causado profunda admiración en todas partes.

Nadie soñaba que una República de la América del Sur tuviera la audacia de adoptar una nueva medida política sin prestar atencón a los precedentes establecidos por las grandes Naciones. Estas grandes Naciones son precisamente las únicas que hoy muestran más interés en el estudio de la nueva maquinaria que desde marzo comenzó a funcionar en Uruguay.

En primer lugar, esta nueva constitución limita las atribuciones y poderes del Presidente de la República de una manera hasta la fecha desconocida aún en los países más avanzados del mundo. Otra peculiaridad de la reforma es que divide el poder ejecutivo en dos ramas, una de la cual corresponde al Presidente, y la otra a la Comisión Nacional de la Administración. La comisión se compone de nueve miembros electos por el voto popular para un período de seis años.

Un trcero de los miembros de la comisión es electo por dos años, como pasa en el Senado de los Estados Unidos. Así como en el sistema inglés, a la minoría se le asegura su representación recurriendo a la pluralidad de votos. Según la antigua constitución el Presidente era elegido por el Congreso. Según la moderna es elegido por el sufragio popular.

Las facultades de la comisión son de carácter administrativo, especialmente las que pertenecen a la Instrucción pública, al trabajo, a las industrias, a las instituciones bancarias, a la salubridad y beneficencia públicas. La comisión es responsable ante el Congreso, y debe preparar y someter el presupuesto general a esa corporación todos los años.

Todos los poderes legislativos quedan como antes en manos del Congreso, que continuará componiéndose de dos Cámaras, como en los Estados Unidos y en otras Repúblicas.

El Congreso elige los miembros de la Corte Suprema de Justicia y aprueba o rechaza todos los tratados concertados por el Ejecutivo.

Como en Inglaterra los bills pueden ser presentados a cualquiera de las cámaras por los miembros del Gabinete, que tienen derecho a tomar parte en las sesiones legislativas, así como también

en las deliberaciones. Por el voto de una tercera parte de cada cámara, un miembro del Gabinete puede ser llamado a responder las preguntas que se le hagan.

Cuando el Congreso no está en sesiones, un comité permanente compuesto de dos Senadores y cinco Diputados, electos por sus respectivas cámaras, ocupa su lugar y lo representan en todos los negocios o asuntos que se ventilan con el Ejecutivo. Este comité es responsable al Congreso, al cual pude convocar a sesión ordinaria o extraordinaria.

Otra de las pecularidades de la nueva constitución es que, conforme al artículo 176, se confiere poder al Congreso para interpretar y explicar la nueva constitución.

Esta medida es un nuevo paso hacia una realización extraordinaria. Aún en los Estados Unidos se ha dicho ya que sería muy adelantado el conferir a una de las ramas del Gobierno este poder de interpretación, que tiende a evitar dudas, malas interpretaciones y litigios de toda clase que surjan por falta de autoridad para determinar en los casos necesarios el verdadero significado de una cláusula de la constitución.

En los Estados Unidos no existe organismo con el poder expreso de explicar la constitución, puesto que todo lo que puede hacer la Corte Suprema es resolver en el curso de un proceso, si tal o cual ley constituye una violación de la constitución, lo que —como se verá a primera vista— es medida diferente de la instituída en el Uruguay.

EL EMBROLLO MEXICANO

Así como las naciones de la América del Sur, por el espíritu de solidaridad moderno y por la mancomunidad de intereses y de razas, se preocupan de lo que es actualmente y de lo que puede y debe llegar a ser Centro-América, así nosotros que tan cerca nos encontramos de México creemos tener algún derecho a comentar situaciones, por lo menos lamentables y a precavernos de posibles contajios o de posibles complicaciones. pues cuando un país ha llgado como aquella hermosa República al espantoso estado de anarquía en que se encuentra, todo es de temerse y todo es de esperarse.

La anarquía, la desorganización y la falta absoluta de control gubernativo, son los peores y más fatales elementalos de las naciones en su marcha ordenada.

Más de diez años van transcurridos desde que se inició la contienda civil que ensangrienta a este país vecino. Los bandos políticos se suceden unos a otros, sin que ninguno sea suficientemente fuerte para dominar a sus contrarios, y las pasiones desencadenadas primero, luego los intereses bastardos y hasta los crímenes por último, han tenido por desgracia puesto en ese cuadro sombrío

Era natural que en este cáos aparecieran los malos elementos sociales, que en el orden de la humanidad son como las tumefacciones en el cuerpo debilitado y enfermo de los individuos, y como no han tenido cauterio que los reprima, se han desbordado y amneazan extenderse causando daños incalculables y siendo constante motivo de alarma para las naciones vecinas.

Tal acaba de pasar con el sonado asunto del Cónsul Mr. Jenkings, que actualmente está en el tapete de la discusión internacional, y según la prudencia o imprudencia que en él juegue, puede producr trastornos incalculables.

Mr. Jenkins, era agente consular de los Estados Unidos de Norte América en la bella Ciudad de Puebla de los Angeles, que el Gobierno del General Carranza pretende tener bajo su control. A la vez Jenkins era Gerente de una fábrica de hilados y tejidos, que es la principal de la comarca y cuenta con sucursales en varias regiones del país siendo Jenkins por su calidad de Gerente como por su calidad de adinerado sujeto, miembro importante de la Ciudad y del Comercio, la banca y la industria locales.

Solía este Señor —al decir de los periódicos de donde tomamos estos datos,—hacer frecuentes visitas a la fábrica, que se encuentra en los alrededores de Puebla y a muy pocos kilómetros de la Ciudad, saliendo generalmente sólo, y muchas veces con grandes valores entre su bolsillo, pues siendo persona respetable, no supuso nunca ser víctima de los malhechores.

El martes 21 de Octubre del año que espira, muy de mañana Mr. Jenkins se trasladó a la fábrica, siendo espiado por los facciosos que estaban

ocultos entre el follage; y apenas había entrado al edificio, sin darle tiempo de defenderse o esconderse, se presentaron a él armados hasta los dientes, lo maniataron y después de limpiar de monetario las cajas de valores, lo extrajeron y se lo llevaron a las montañas vecinas desde donde hicieron saber a sus familiares, que Mr. Jenkins estaba en su poder y no obtendría su libertad sino mediante una muy gruesa suma, que unos estiman en 150.000 y otros en 300.000 dólares.

Por muy acomodada que sea una persona, no es posible tener en caja a toda hora, cantidades tan respetables, y así la familia, en el paroxismo del dolor y de la pena, ocurrió al Gobierno, puso en juego todas sus influencias sociales y recurrió a todos los medios posibles, en medio de la estupefacción de los pobleños, que nada bueno auguraron de este atrevido golpe de mano.

El Gobierno nada pudo o nada quiso hacer en el desaguisado; y un abogado amigo de la familia, yendo de aquí para allá, se extendió con los Gerentes de los dos Bancos principales, interesó a los dueños de casas bancarias y con unos y otros logró reunir la suma exigida, con lo que el Cónsul Jenkins pudo obtener su libertad.

Era de suponerse que el Gobierno de los Estados Unidos no se quedara callado con este atentado cuyas repeticiones serían de fatales consecuencias, e inmediatamente inició los reclamos del caso, y exigió al Gobierno de Carranza el pago de la suma robada y una indemnización para Jenkins, a lo que se negó aquel objetando que el golpe era un ardid del Cónsul tramado con su abogado y los sublevados, para sacar dinero, lo que no cabe suponerse en Jenkins que es persona honorable y muy acomodada.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que los Estados Unidos han tomado a puntillo de honor no dejar así las cosas, y que fuerzas federales considerables se reconcentran en las fronteras y se alistan acorazados y buques de transporte.

¿Hasta dónde iran las cosas? No es posible adivinarlo, pero ante la gravedad y tirantez de las relaciones de ambos países, se pueden prever complicaciones que nada tienen de consoladoras para los vecinos, por exentos y alejados que estén. En

estos casos, hasta los amigos se ven complicados en el embrollo, y en Centro-América podemos suponer que algún país que cultiva íntimas y muy estrechas y cordiales relaciones con el Gobierno de Carranza, estará interesado en que esto termine pronto y de una manera amistosa y culta, para no verse envuelto en posibles enredos.

Así lo deseamos nosotros también tanto por nuestro propio interés, como por el espíritu de fraternal centro-americanismo que nos anima.

L. de E.

LA CENTRALIZACION Y EL TRIUNFO DE FRANCIA

Ningún país más autorizado que Francia para dar al mundo ese conjunto de enseñanzas que seguramente constituirán para todos fuente fecunda de altos ejemplos y que podemos encerrar bajo el epígrafe comprensivo de lecciones **de la guerra.** Y para dar lecciones, nadie más indicado que un profesor, no tanto por su hábito profesional como por el concurso heróico que a la victoria de Francia prestaron sus universitarios. "Son más de 300 profesores de Universidad—ha escrito el rector de Burdeos—los que al tercer año de la guérra han ido a las filas; más de 3.000 profesores de Liceos y Gimnasios; más de 30.000 maestros de instrucción primaria. Si vamos a los estudiantes, en 1914 había en las Universidades francesas 42.000 estudiantes; en 1916 10.000; los 32.000 de la diferencia estaban en filas luchando por la Patria" (1).

El profesor Haurion acaba de publicar la novena edición de su excelente obra **Precis de Droit Administratif et de Droit public**, y su principal novedad es un interesante prefacio que lleva por epígrafe "La centralización francesa." No creo que sea inoportuno reproducir y divulgar algunos de los párrafos del prestigioso maestro:

"Acabamos de hacer la experiencia en la guerra de 1914. Nuestros aliados anglo-sajones habrán de reconocer que Bélgica, Francia, Rusia e Italia, países de centralización, y, por consiguiente, de preparación militar y de movilización rápida, han sostenido el primer choque, y que sólo su organización ha procurado el largo plazo que fue necesario para realizar las improvisaciones geniales, pero forzosamente tardías, de los Kitchener y de los Baker. Si la civilización se ha salvado, ha sido por la centralización".

Habla después Hauron del papel de Francia, llamada a contrarrestar la centralización burocrática que supone ha de presidir la reconstitución de Alemania, y añade:

"En cuanto a la Liga de las naciones, o bien se verá obligada a mantener un ejército considerable y a centralizarse ella misma, o bien encontrará más cómodo utilizar los mecanismos ya creados en las naciones continentales, y seguiremos siendo los gendarmes del mundo con nuestro Ejército destinado a suministrar las tropas de cobertura. Entonces nuestra centralización nos permitiría, por lo menos, **aligerar la situación del servicio activo, continuando asegurándonos una movilización rápida.**"

"Hay otras consideraciones—dice el eminente profesor francés—sacadas de la situación interior de los países modernos que tienen también mucho peso.

"Las democracias están sumidas en la contradicción de estar trabajadas por un ardiente deseo de libertad y estar continuamente amenazadas de opresión por organizaciones poderosas nacidas de la libertad. Sólo un Estado fuertemente centralizado sería capaz de luchar con éxito contra las potencias interiores que, nacidas de la libertad, se alzan una tras otra para ahogarla.

"La libertad del trabajo, del comercio y de la industria, combinada con la de las Sociedades y Asociaciones, ha creado Compañías y trusts que tratan de monopolizar las grandes empresas.... Lo que ha venido a ser la libre concurrencia en esta atmósfera de monopolio, lo que acurre a los pequeños negocios ahogados por los grandes, a las nuevas empresas estranguladas por las antiguas, lo sabemos bien por el grito de alarma lanzado por el presidente Wilson en su libro **La nueva libertad.** Allí demuestra que la democracia americana está amenazada de una nueva esclavitud por la oligarquía de los reyes del carbón, del hierro, del acero, del trigo, del petróleo,

(1) **La Universidad y la guerra,** por R. Thamin. París. 1916.

de la hacienda y del crédito y por la coalición de estos magnates con los agentes electorales: ellos han sometido al Congreso, el cual, a su vez, ha sojuzgado al Ejecutivo, y han quedado los amos

"Ahora bien, el remedio de la ley y de la represión judicial no es suficiente; hace falta un acuerdo directo entre el pueblo y el Ejecutivo para romper la nueva esclavitud y fundar la nueva libertad.... Así como el Rey de Francia no triunfó de los barones feudales únicamente por sus ordenanzas y sus justicias, sino porque él mismo era el primero de los barones y usaba de sus derechos de soberanía, igualmente **para vencer al moderno feudalismo financiero hace falta que el Estado moderno sea él mismo un poderoso barón financiero.**"

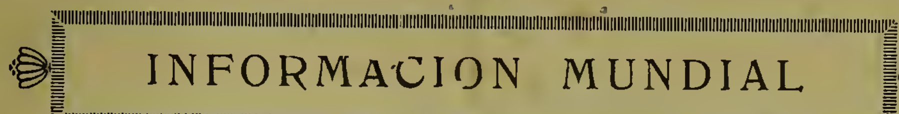
Pero acaso lo más interesante del trabajo del profesor Hauriou es el siguiente párrafo, que resulta para nosotros de indudable actualidad.

"La libertad de asociación—dice—ha hecho elevarse también otra potencia, que es el Sindicato. Esta puede ser bienhechora, porque es una fuerza social; tiende a que renazcan para las masas populares cuadros sociales que reemplacen a los de las antiguas clases directoras, ya desaparecidas. Pero puede ser también maléfica y peligrosa, porque se muestra insuficientemente ilustrada y sobradamente agresiva, desconoce la realidad nacional y cae en la quimera revolucionaria de la lucha de clases, aspira también al monopolio, a la dominación absoluta y a la destrucción de las otras formas de la libertad. Se trata de canalizar esta fuerza de tal suerte, que no degenere en la constitución de Corporaciones cerradas, cuyos inconvenientes nos enseña la historia de las antiguas Corporaciones de oficios. Ahora bien; también aquí sólo una administración fuertemente centralizada, que por la vigilancia de su policía, por el ejercicio de un contínuo derecho de estadística, y si es preciso afiliándose a las principales organizaciones, puede realmente mantener el carácter **libre y abierto** de esas Corporaciones."

No pocas reservas había que oponer a este último párrafo. Adolece el profesor francés de una excesiva confianza en el Poder ejecutivo, al paso que yo creo que sólo dignificando los Tribunales de Justicia se obtienen las verdaderas garantías para la libertad. Pero no es ese el problema. Donde él dice Administración, digamos Estado.

No puede el Estado moderno, que tiene fe en el derecho y en la libertad, aceptar el principio de la lucha de clases, pues para suprimirla se tiende a dar a las democracias un contenido hondamente social. Ni los patronos pueden pensar en suprimir a los Sindicatos, ni los Sindicatos pueden pretender exterminar a los patronos. Tienen todos derecho a la vida, y para su coexistencia armónica, y para su fraternal cooperación en un amplio concepto de solidaridad social, sólo el Estado puede dar la suprema fórmula jurídica.

Antonio Royo Villanova.





LA VICTORIA EN EL MAR

Por el Contra-Almirante William Sowden Sims, Jefe de la Escuadra Americana.

Como prueba de las relaciones sumamente cordiales que existían entre las dos armadas, el Almirantazgo propuso, a fines de mayo, que asumiera el mando que correspondía al Almirante Bayly durante algunos días mientras tomaba una corta vacación en la costa occidental de Irlanda. El Almirante Bayly era el Comandante en Jefe de las fuerzas británicas que operaban en la costa irlandesa. Este comando incluía algo más que Queenstown; comprendía varias estaciones navales en aguas irlandesas. Me informaron que antes nunca un oficial naval exranjero comandó las fuerzas de la armada inglesa en tiempo de guerra. En lo que se refiere al control de las operaciones marítimas, esta invitación no era especialmente importante. Los acontecimientos se desarrollaban tranquilamente en Queenstown; el que le seguía al Almiranee Bayly pudo con mucha facilidad haber sostenido el orden en el funcionamiento. Era casi improbable que en aquellos días que yo tuve el mando se iniciasen cambios en la política. El Almirantazgo Británico simplemente se proponía mostrar una gran cortesía a la Armada Americana, y de dar énfasis ante el mundo a las excelentes relaciones que existían etre los dos servicios. El hecho tenía por objeto simbolizar la unidad que había en la plena cooperación en la obra de conjurar la amenaza prusiana. Incidentalmente quizá los ingleses esperaban que la publicación de esta noticia en la prensa germánica, produciria su efecto en Alemania. El 27 de mayo fuí a Queenstown, e icé mi bandera frente al edificio del Almirantazgo. Vacilé un poco al hacer esto, pues los reglamentos de la Marina Americana dicen que la bandera del Almirante sólo se enarbolará en un buque que navega; pero como el Almirante Bayly insistió en que debía arriar su bandera e izar la mía, resolví acceder a esa instancia. El incidente despertó mucho interés en Inglaterra, y en Queenstown corrían muchos rumores extraños. Uno de ellos afirmaba que el Almirante Bayly y yo habíamos reñido; que el Almirante inglés—bastante extraño—había partido enojado, dejándome en su lugar. Otra especie decía que yo había llegado a Queenstown, quitándole al Almirante Bayly las riendas del mando y arrojándolo del país, había tomado el gobierno de Irlanda en nombre de los Estados Unidos, que estaban resueltos a libertar la isla de la presión inglesa! Sin embargo, al cabo de pocos días el Almirante Bayly regresó y todo continuó como antes.

HOSTILIDAD DE LOS SINNFEINIANOS

Durante casi dos años que las fuerzas navales americanas pasaron en Europa, sólo un elemento de la población mostró hostilidad y hasta enemistad. En el momento en que escribo estas líneas una delegación que pretende representar a la "República Irlandesa" efectúa una gira por los Estados Unidos, pidiendo a los americanos que dispensen su simpatía y contribuyan con dinero a la realización de su proyecto. Profeso gran admiración a la masa del pueblo irlandés, y de los mejores elemenos de este pueblo, los marinos americanos no recibieron otra cosa que no fuera bondad. De aquí es que haya vacilado el referir cómo algunos miembros del partido del Sinn Fein trataron a nuestros hombres. Pero parece que ahora, cuando esta misma hermandad trata de promover odio en este país contra nuestros aliados en la guerra, hay cierta insistencia en informar a los americanos que clase de tratamiento dieron a los marinos que cayeron en manos de los sinnfeinianos de Irlanda.

El pueblo de Queenstown y Cork, como siempre se ha dicho, recibió a nuesros marinos con legítima cordialidad irlandesa. Sin embargo al cabo de unas cuantas semanas se vieron pal-

pables las pruebas de hostilidad en ciertos círculos. Es el caso que la parte en que se hallaban estacionados los americanos era un lugar ocupado por los sinnfeinianos. Los miembros de esta organización (el Sinn Fein) no sólo eran francamente desleales, sino abiertamente germanófilos. Ni siquiera eran neutrales; trabajaban día y noche en pro de la victoria alemana; en su mente extraviada, una victoria de esta clase implicaba el establecimiento de una República Irlandesa. No constituía un secreto el hecho de que los sinnfeinianos enviaban informes a Alemania, y continuamente fraguaban complots para intervenir con las marinas inglesa y americana. Al principio podía suponerse que gran número de marinos—y algunos oficiales—de descendencia irlandesa tenderían a facilitar la vía a nuestros hombres. Sin embargo pasó exactamente lo contrario. Los sinnfeinianos en apariencia creyeron que los llamados américo-irlandeses simpatizarían con su causa; en sus momentos de mayor delirio, hasta supusieron que nuestras fuerzas navales la fomentarían. Pero estos espléndidos marinos eran americanos antes que todo; su principal anhelo era derrotar a los hunos, y no podían comprender que hubiera quienes tuviesen otros objetivos en la vida. Se disgustaron al ver gran número de hombres aptos en las calles, y no vacilaron en preguntarles por qué no estaban luchando en el frente Occidental. La conducta de los marinos americanos fue buena; pero el simple hecho de que no manifestaron su odio a la Gran Bretaña y su amor por Alemania, enfureció a los sinnfeinianos. Nuesros marinos tenían más dinero que los chicos irlandeses, y podían divertir mejor a las mozas en los cinematógrafos y en las sorbeterías. Los marinos de nuestra flota y las muchachas irlandesas se hicieron excelentes amigos; la asociación desde nuestro punto de vista, era sana por el carácter moral de las chicas de Queenstown y de Cork —como son en realidad las mozas irlandesas de todas partes—, que era muy elevada y con su compañía conribuían muchísimo al bienestar y contento de nuestros marinos, de los cuales no pocos encontraron sus esposas entre esas jóvenes. Pero cuando el elemento sinnfeiniano vió que sus novias se desertaban para hacerse al lado de los americanos,

dieron entonces rienda suelta a la cólera sorda que hasta aquí habían sentido.

De cuando en cuando un marino americano llegaba de Cork a Queenstown en condiciones que requerían el auxilio médico inmediato. Cuando volvía en sí refería que de pronto lo habían asaltado media docena de rufianes y que le habían apaleado hasta quitarle el conocimiento. Varios de nuestros marinos salieron gravemente lesionados de este modo. Otras veces pequeños grupos eran apedreados por los que simpatizaban con el Sinn Fein, y ocurrían muchas demostraciones hostiles en los salones de cinematógrafo y en los teatros. Con frecuencia los ataques se dirigían no a los marinos americanos sino a las muchachas irlandesas que los acompañaban. Estos caballeros agitadores germanófilos se lanzaban con el objeto de arrebatar a las chicas, a nuestros hombres; las tiraban del pelo; las abofeeaban, y hasta les daban de puntapies. Naturalmente, los marinos americanos no eran de esos que toleran una conducta de esa clase, y se libraron algunos sangrientos encuentros. Esta hostilidad se aumentó debido a una desagradable ocurrencia en Queensown. Un marino americano paseaba por la calle real con una irlandesa, cuando un enfurecido sinnfeiniano se avalanzó hacia ellos, y comenzó a insultar a su antigua novia con un lenguaje indecente, e intentó ponerle manos. El americano le asestó un terrible golpe al pillo, que cayó hacia atrás golpeándose la cabeza en el guardacantón. La caída le fracturó el cráneo al abusivo, y en unas cuantas horas murió. Entregamos nuestro hombre a las autoridades civiles para que le siguieran juicio, y el jurado, compuesto de irlandeses, lo absolvió. La acción de este jurado indica por sí misma que no había simpatía en el elemento decente de los irlandeses—lo que consituia la gran mayoría—hacia esta clase de táctica, pero naturalmente no mejoraron nuestras relaciones entre nuestros marinos y los sinnfeinianos. La importancia de otro incidente que se verificó en la Catedral, también ha sido muy exagerado. Es verdad que un sacerdote en su sermón dominical, denunció a los marinos americanos como vándalos y traidores del elemento femenino irlandés; pero también es cierto que los mismos católico-romanos de esa sección se enfurecieron por tan absurdo procedimiento. Cierto número de oficiales católico-romanos que se hallaban presentes, abandonó la iglesia en grupo; el Obispo Católico de la Diócesis visitó al Almirante Bayly y ofreció sus disculpas por el insulto, y castigó al padre ofensor encomendándole un cargo a considerable distancia de los buques americanos.

Pero aun más graves dificultades se preparaban para nuestros oficiales, de tal modo que los marinos americanos hicieron planes elaborados para protegerse, al descubrirse lo que pasaba. Si el descubrimiento no se hubiera efectuado a tiempo, habria dado por resultado un incidente internacional. Muy a pesar nuestro, por tanto, tuvimos que dar una orden de que ninguno de nuestros hombres de mar, ingleses o americanos, que no llegaran al rango de Comandante, tendria licencia para ir a Cork. Ultimamente tuvimos cerca de 8.000 americanos en esta estación; conste que el mismo Queenstown es un pequeño lugar de 6.000 a 7.000 habitantes, de modo que no podía proporcionar gran cosa, a una fuerza tan considerable que ne-

cesitaba cierta expansión para su eficiencia.

Nosotros establecimos un club en Queenstown, instalamos cinematógrafos y algunas otras diversiones, haciendo lo mejor posible por mantener contentos a nuestros marinos. Los habitantes de Cork pasaron a sentir mucho nuestra acción. La gran mayoría de ellos tenía verdadera afición a nuestros compatriotas; y consideraron como una gran humillación que el elemento rufián hubiese alejado a nuestros marinos de dicha ciudad. Muchas cartas se publicaron en los periódicos de Cork, pidiendo disculpas a los americanos, y pidiendo al pueblo que tomara una acción que nos justificara en abrogar la orden. La pérdida que sufrieron los comerciantes de Cork, fue grande; nuestros hombres recibían de $200.000 a..... $300 000 al mes como pago de sus sueldos; gastaban con liberalidad, y su presencia en la población habría significado una fortuna para los comerciantes de la localidad. Sin embargo, nos vimos obligados a no aceptar las numerosas solicitudes de que se permitiera a los marinos americanos visitar la ciudad.

Un comité de ciudadanos distinguidos de Cork, encabezados por el Alcalde, llegó a la casa del Almirantazgo a pedir que rescindiéramos la orden. El Almirante Bayly los interrogó con bastante severidad. Parecía que los individuos que habían cometido ofensas contra los marinos americanos no recibieron castigo.

Salvo que se dieran garantías por escrito de que no ocurrirían demostraciones hostiles contra los americanos, el Almirante Bayly rehusó retirar la prohibición, y yo estuve completamente de acuerdo con su parecer. Desgraciadamente el comité no pudo dar esa garantía. Sabíamos muy bien que la primera aparición de los americanos en Cork daría margen a la renovación de hostilidades, y el temperamento de los marinos era tal que habrían ocurrido las más deplorables consecuencias. Descubrimos que los herreros del Melville (buque americano) estaban fabricando armas que nuestros hombres pudieran ocultar en su persona, y con las cuales se proponían trabar batalla con los sinn-feinianos. Durante toda nuestra estadía en Queenstown nuestros marinos se vieron obligados a alejarse de la ciudad peligrosa; pero la situación también tenía su parte humorística. Las bonitas mozas de Cork, encontrando que los americanos no podían llegar hasta ellas, resolvieron llegar ellas hasta los americanos; todas las tardes un tren repleto se detenía en la estación de Queenstown, donde nuestros marinos las iban a encontrar, pasando con ellas un tiempo agradable, y luego por la noche las acompañaban a la estación, y regresaba a su casa en alegre grupo.

Pero los sinn-feinianos intervinieron con nosotros en muchos sentidos más graves que éste. Hacían todo lo que estaba a su alcance por ayudar a Alemania. Con su auxilio los agentes y espías germanos desembarcaban en Irlanda. En cierta ocación la situación se hizo tan peligrosa que tuve que emplear oficiales expertos cuyos servicios eran sumamente indispensables en nuestros destroyers, y les asignaba puestos en nuestras estaciones aéreas establecidas en Irlanda. Esto, como es natural, debilitaba proporcionalmente nuestra flota y hacía su parte en prolongar la guerra.

LA ADOPCION DEL CONVOY

Mientras buscábamos la manera de solucionar el problema de los submarinos, en realidad teníamos esa solución a la mano. Los mares ofrecían dos espectáculos emocionantes en aquellos terribles meses de abril, mayo y junio de 1917. Uno de esos espectáculos era la relativa facilidad con que los submarinos alemanes hundían los buques mercantes; el otro era el fracaso que tenían en debilitar materialmente las flotas aliadas. Si deseáramos ofrceer un cuadro de contraste con el que se presentaban en el mar de Irlanda y en el Canal de la Mancha, donde los buques de comercio se iban a pique de contínuo, dirigíamos nuesras miradas al Mar del Norte, donde la Gran Flota Británica, absolutamente intacta, navegaba sobre las olas en acttiud de desafío. El público ignorante de los hechos se explicaba esta aparente seguridad a su modo; creían que los dreadnaughts ingleses estaban anclados tras las cadenas de los puertos, las redes y los campos de minas, que los submarinos no podían atravesar. Sin embargo el hecho era que la Gran Flota con frecuencia recorría el mar abierto, las aguas que precisamente se sabían estaban más infestadas des ubmarinos. Los sumergibles alemanes habían estado tratando de destruir esta flota durante dos años y medio. El plan de los alemanes era debilitar esa gran fuerza de combate por la "atrición", es decir hundiendo bastantes buques de guerra de manera que fuese posible trabar una batalla general con algunas posibilidades de éxito; pero sucedió que los submarinos no habían destruido ni un solo dreadnaugth. En estas circunstancias, cuando los bguques mermercantes con frecuencia cran torpedeados y los buques de guerra rechazaban los ataques, hubo en realidad mucho material para la imaginación.

No obstante no rodeaba ningún misterio la inmunidad de que gozaban esos grandes buques de combate, pues el problema submarino, en lo que afecta a la flota, nunca había sido resuelto. La explicación era que siempre que los dreadnougts se hacían a la mar, iban precedidos por una cortina de cruceros y destroyers. Estos buques de navegación superficial aparentemente servian como una especie de muro impenetrable, contra el cual los submarinos alemanes se estrellaban en vano. Para el observador casual, sin embargo, parecía no haber razón que explicara por qué los destroyers podían infundir terror a los submarinos. Por fuera son los buques de guerra que causan menos impresión. Navegando a la cabeza de los escuadrones de batalla, los destroyers aparecían como pequeños objetos de poca presencia sobre la superficied el agua; revelaban más bien fragilidad que fuerza, y daban la idea de que eran los guardianes de los buques poderosos que venían detrás, los cuales al principio se veían casi grotescos. Sin

embargo estos barquichuelos poseían realmente el poder de vencer al submarino. La guerra no había adelantado mucho, cuando se comprendió que el sumergible no podía competir de cerca con este pequeño y veloz buque de navegación superficial, sin correr el peligro de ser destruído.

EL ADEFESIO DE LA ARMADA

Sin embargo, hasta el momento en que comenzaron a llegar a la prensa los informes de la lucha contra los submarinos, ese tipo de buque era probablemente en el que menos interés tenía el público. Había llegado a ser una especie de adefesio de la armada. Nuestro Congreso lo había visto siempre con indiferencia; año tras año, nuestros expertos navales habían recomendado que se construyeron cuatro destroyers por cada acorazado, y anualmente el Congreso había apropiado fondos para uno o dos. La guerra encontró también a la Gran Breaña sin un suficiente número de destroyers para llevar a cabo la campaña anti-submarina. El Almirantazgo había suministrado lo suficiente para cubrir la Gran Flota en sus travesías y combates, pero tenía necesidad de sacar muchos barcos para la protección de los buques transportadores de tropas y de provisiones, y del comercio en general, de modo que la eficiencia de la Flota estaba muy minada. La Gran Bretaña se encontró sin suficiente número de destroyers para emprender la campaña submarina; esta situación nos debió a falta de previsión, sino a que no creyeron que una nación civilizada podría emplear jamás el torpedo en una guerra sin restricciones contra los buques mercantes y sus tripulaciones.

La primera vez que esta clase de buques obtuvo prominencia fue en 1904, cuando atacó la flota rusa en Puerto Arturo, causando daño a varios buques poderosos y prácticamente dando por concluído el poder marítimo de Rusia en el Lejano Oriente. La historia del destroyer se remonta, sin embargo, a una época posterior. Se creó para llenar una obligación no muy distinta de la que ha cumplido tan gloriosamente en la guerra mundial. En los últimos años de la década de 1870 y en los primeros de la de 1880, un nuevo tipo de buque de guerra, el torpedero causó tantos trastornos como el submarino en los años recientes. Este barco pequeño y rápido fue inventado para servir de medio de descarga de un nuevo proyectil perfeccionado de la guerra naval: el torpedo automóvil. En su funcionamiento se acercaba a un barco de guerra, preferible a favor de la oscuridad o en mal tiempo, y lanzaba su proyectil contra el casco del buque que lo recibía de manera inesperada. La aparición del torpedero indujo a la misma predicción que en época más reciente fue inspirada por el submarino; según la opinión de muchos sencillamente significaba el fin del gran acorazado de navegación superficial. Pero los arquitectos navales, que buscaban la manera de responder a este barco peligroso, inventaron otro y poco más o menos lo llamaron así: "destructor de torpederos". Este buque no era más grande ni más velos que su adversario, pero su radio de acción y sus méritos lo pusieron en condiciones de acompañar a la flota

de guerra. Su estructura era tan ligera que un torpedo podía pasar bajo la quilla sin causar daño, y llevaba un armamento de poder suficiente para ponerle fin a la carrera de cualquier torpedero que encontrara en su camino. Pocos tipos han justificado su nombre tan bien como el destructor de torpederos. Eliminaba de una manera tan completa a aquel pequeño buque que constituía un peligro para los barcos de guerra, que prácticamente todas las armadas dejaron de construir torpederos. Sin embargo, el destroyer pronto alcanzó a desempeñar la función principal del buque abandonado, es decir la de atacar a los barcos de gran calado con torpedos; y además de esto, asumió el deber de proteger a los acorazados de ataques semejantes que efectuaran los buques enemigos del mismo tipo.

Les sorprende a muchas personas que el destroyer no sea un pequeño buque sino un barco de guerra de tamaño considerable. Parece pequeño únicamente porque los demás buques, tanto los que se usan para el comercio como lo que se usan para la guerra, han aumentado muchísimo su desplazamiento. El último tipo lleva cuatro cañones poderosos de cuatro a cinco pulgadas de diámetro y doce tubos torpederos, cada uno de los cuales descarga un torpedo que pesa más de una tonelada y que hace un recorrido de más de seis millas, y tan recto como una flecha. El Santa María, la caravela más grande del escuadrón con que Colón hizo su primer viaje a América, tenía un desplazamiento de cerca de quinientas toneladas, es decir era aproximadamente la mitad de un destroyer, y a principios de la era del barco clípeer, pocos buques eran mayores en tamaño.

EL SUBMARINO Y EL DESTROYER.

Antes de 1914, generalmente se creía que los ataques de torpedos jugarían gran papel en los combates navales, y esta fue la razón por la que todos los consejeros insistían en que debía construirse un número considerable de esta clase de buques por considerarlos como unidades esenciales de la flota. Sin embargo no había avanzado mucho la guerra cuando se vio que este barco versátil tenía otro gran papel que desempeñar y que una vez más justificaría su nombre de una manera verdaderamente heróica. Del mismo modo que había probado su valor expulsando de los mares al torpedero, así ahora se convertía en un adversario muy peligroso para el torpedero que navegaba bajo las olas. Los acontecimientos pronto demostraron que en todos los combates abiertos que se libraban entre los submarinos y los destroyers, el submarino llevaba pocas probabilidades de éxito. La razón de esto era simplemente que el submarino no tenía con que pudiera resistir el ataque del destroyer, mientras que el destroyer tenía varias armas con las cuales le era posible atacar al submarino. El sumergible tenía tres o cuatro tubos torpederos y sólo uno o dos cañones y con ninguno de ellos podía aventurarse a atacar a un destroyer que iba armado de una manera más poderosa. El submarino era de una naturaleza tan frágil que no podía trabar un combate en el cual llevara la posibilidad de salir lesionado. Un destroyer podía resistir un bombardeo relativamente fuerte y sin embargo permanecer intacto, pero una sola granada que diera en el blanco en un subma-

rino resultaba una cuestión muy grave; aunque el barco no se hundía como consecuencia del golpe, era casi inevitable que ciertas partes de su maquinaria se perjudicaran de tal modo que hacía dfícil su regreso al puerto Por tanto era necesario que el submarino estuviera siempre a salvo, para luchar solamente en condiciones en que llevara al enemigo en tales ventajas que corría poco riesgo; y esta era la razón por la que prefería atacar buques mercantes y de pasajeros más bien que barcos, como el destroyer, que podían defenderse enérgicamente.

La estructura relativamente ligera del destroyer, que mide poco más o menos nueve o diez pies, lo protege bastante bien del torpedo del sumergible, pues este torpedo, para ver de funcionar con su mayor eficacia, debe llevar un curso aproximadamente de quince pies bajo el agua; si corre cerca de la superficie, cae bajo la influencia de las olas, y no describe una línea recta. Hay algo todavía más importante; la velocidad del destroyer, la facilidad con que gira y describe círculos y zigszags, hace imposible que un torpedo tome la puntería con posibilidades de dar en el blanco. Por otra parte la descarga del proyectil es una empresa algo más complicada de lo que generalmente se supone. El Comandante del submarino, no puede tomar posición en cualquier parte y disparar con más o menos amplitud, sin exponerse a errar el tiro; debe colocar bien el buque, calcular la distancia, el curso y la velocidad, y tomar cuidadosamente la puntería. Claro es que le sea difícil realizar esto con éxito si la pretendida víctima se escapa corriendo con una velocidad de treinta a cuarenta millas por hora. Aun más, el destroyer constantemente cambia de rumbo, describiendo grandes círculos y ejecutando otros movimientos desconcertantes. También entendieron los alemanes la dificultad de torpedear a un dstroyer que prácticamente nunca se atrevieron a intentarlo.

Los torpedos son complicados y costosos mecanismos; cada uno importa cerca de 8,000 pesos oro y el submarino sólo lleva de ocho a doce; fue, por tanto, necesario economizar estos preciosos proyectiles, usándolos únicamente cuando la oportunidad favorecía más el éxito, y el Comandante del sumergible que los gastaba en intentos de hundir destroyers, era sometido probablemente al consejo de guerra.

Pero aún cuando el submarino no tenía medios prácticos de luchar con éxito, contra el destroyer, éste en cambio tenía varias maneras de ponerle fin al submarino. La ventaja que realmente hace pligroso al destroyer, como ya lo hemos dicho, es su excesiva rapidez. En la superficie, el submarino camina a razón de un poco más de quince millas por hora, y bajo la superficie apenas pasa de siete u ocho. Una vez que el destroyer ha des-

corrió tras ella; pero era arisca, y cuando él levantaba la caña, la taimada mariposa subía alto, muy alto, para descender a revolotear junto a su cabeza en cuanto se descuidaba.

Corrió mucho, mucho, y al fin, en una de las vueltas del insecto, el negrillo lo embolsó en el embudo de tul.

—¡La pillé!—exclamó triunfante, examinando de cerca su presa. No era muy grande, pero sí muy hermosa: dos alas blancas, blancas como la espuma de la leche; las otras dos rojas, como el lacre, con pintas negras como el azabache; parecía una mariposa bordada a capricho en terciopelo.

Margarita se había acercado.

—¡Qué linda es!—exclamó.—¡Esa no la tiene miss Fulton! ¿Me la das, Alegre?

Por primera vez se negó a hacer lo que la niña pedía.

Margarita lo miró asombrada.

—¿No? ¿No me la das?

—No; ésta la guardo para mí.

—Miss Fulton me perdonaría la lección; dámela, ¿quieres?

El negrillo sacudió la cabeza.

—A nadie se la daría.

—¿Ni a **Flor del aire**?

—No; a nadie.

—¿Entonces eres como Julio?—preguntó ella, mirándolo con ojos llenos de asombro.

El muchacho se echó a reír. Había soltado

la caña; con una mano sujetaba el insecto, con la otra tomó una manita de la chiquilla.

—¿Quieres que te la dé?—preguntó, mirándola fijamente.

Ella se puso colorada.

—Es para miss Fulton.

—¿Qué me das por la mariposa?

—¿Qué quieres que te dé?

El niño murmuró una palabra a su oído.

—¡Oh, no!—exclamó ella queriendo alejarse; pero él la contuvo por la mano.

—Sí, Margarita; te la doy en seguida.

—No, no y no.

—¿Por qué no?

Estaba tan hermoso Alegre, que ella lo miraba roja como una amapola, sin atreverse a huír.

—Es que no me quieres!—murmuró él.

—¡Oh, sí! Ya te he dicho que sí; yo no sé mentir.

—Entonces, ¿por qué no?...

—Porque no me gusta.

—¡Si fuera Julio.... te gustaría!—exclamó él bruscamente soltándole la mano.—Toma tu mariposa; yo me voy, porque tú ya no eres mi amiga.

La niña se puso pálida; la mariposa se escapó y ella la miró volar con indiferencia; pero al ver a su amigo que se iba, no pudo contenerse.

—¡Alegre, Alegre!

—Me voy, porque tú no eres mi amiga; ya no volveré

—Alegre, ¡no te vayas!

El muchacho volvió la cara; su amiguita lloraba. ¡Dios santo! ¡Y él la había hecho llorar!

—¡Oh, no llores, Margarita! ¡Perdóname, **Flor del aire**!

—Te estás poniendo como Julio—murmuró ella escondiendo la llorosa carita en el pecho de su amigo;—antes no eras así.

—Bueno, ya no lo seré más,—prometió él, arrepentido al ver los azules ojos de la chiquilla empañados por las lágrimas.

—Ya no me quieres, Alegre.

—¡Oh, no digas eso! Te quiero más que nunca.

—Entonces, ¿por qué te ibas?

—Porque tú no querías... ya sabes.

—Sí, bueno; nunca me lo pidas, no me gusta.

—¿Y Julio?

—Menos, a él mucho menos lo hubiera dejado.

—Pero él te besaba...

—Sí pero es que él no era como tú; bastaba que yo le pidiera una cosa para que hiciera otra; por eso no lo quería.

—¿Y a mí?

—A ti sí; pero si no me pides más **eso**, ¿quieres?

—¿Qué era **eso**?

—Lo de la mariposa, tú lo sabes.

—Dilo, Margarita, y no te hablo más; no te pido más; ¿qué era?

—**A Kiss**!—dijo ella...—¿sabes que en inglés así se dice?

—No, tengo la mar de cosas que hacer; dar lección de piano, bañarme....

—¿En el mar?

—Sí, todos los días; el médico dice que es bueno. ¡Qué lindo es el mar! Sabes, Alegre, que podríamos dar un paseo por la costa en la **Gaviota**.

—¿Ahora?

—Ahora no, otro día; es mucho mejor que andar en el río; ahora tienes que ayudarme a pillar mariposas en el parque.

—¿Y qué haces tú de tanta mariposa?

—Yo nada; se las doy a miss Fulton, que las colecciona. Cuando le llevo alguna que no tiene, la clava en una tabla con un alfiler y me perdona una lección de inglés.

—¡Pobres mariposas!

—¿Quieres venir conmigo?

Alegre salió del bote y los dos se internaron por las enarenadas calles del parque, provistos de una red.

Alegre era más ágil y más diestro; mientras la chiquilla cogía una mariposa, él atrapaba cinco.

Un pensamiento juguetón como una de aquellas mariposas, aleteaba hacía rato en el cerebro del negrillo.

—Como agarre una linda, se la cobro cara.

Y todo ojos, se dedicó a la cacería con más ardimiento. No tardó mucho en ver lo que buscaba; esa sí que era linda! no una lección, diez le perdonaría la inglesa si no la tenía. Y Alegre

quien querer. Después, la difteria apareció en Buenos Aires y su hermano voló al cielo.

Margarita no podía jugar sola. Llamaba a su hermano, pero su hermano no venía.

Vino Alegre, que tampoco podía jugar solo.

Ella se sintió atraída por él con la misma fuerza misteriosa que él era arrastrado hacia ella.

Una noche Margarita tuvo un sueño; vió a su hermano que le tendía los brazos, y al arrojarse en ellos, por una singular metamórfosis, el hermano se convertía en Alegre.

Al despertar sintió deseos ardientes de ver a su amigo.

Cuando entró en la habitación de miss Fulton, ésta la recibió con torcido gesto; tenía una jaqueca horrible; mejor haría en irse a atrapar mariposas, con tal que a las diez volviera a dar la lección.

¡Qué más quería! Gozosa como un pájaro a quien abren la jaula, corrió al muelle del **Relámpago** para espiar la venida de Alegre.

Precisamente el negrillo cruzaba el río en la **Gaviota**.

—Margarita, ¿tú aquí?

—Sí, miss Fulton me perdona la lección de inglés porque tiene una jaqueca horrible, y me ha dado permiso para coger mariposas.

Alegre bendijo cordialmente la jaqueca de miss Fulton.

—¿Pero no vas a subir en el bote?

Era tan linda la chiquilla, y tan linda la palabra en su boquita, que Alegre hubiera dado.... ¿qué habría dado él por besar aquel capullo entreabierto? Habría dado su traje de los domingos; más aún, la **Gaviota**; más, mucho más: hubiera dado a Tell; muchísimo más: ¡se habría tirado de cabeza al mar!...

Aquella tarde Margarita no supo la lección de piano, y miss Fulton, modelo de institutrices, la dejó encerrada en su cuarto por toda la siesta. Pero uno de los alambres de la jaula no cumplió su deber y el pájaro voló.

—¿Lo ves?—decía a Alegre,—si le hubiese llevado la mariposa no me habría encerrado. ¿Quieres que andemos ahora en tu bote?

—¡Cómo no, Margarita! Toda la siesta: así aprovecha más la escapada.

Alegre salió a tierra; tomó en brazos a su amiguita, rozando al descuido con sus mejillas de mármol negro las mejillas de rosa de la chiquilla, y la embarcó.

Se tendió la vela, y como Margarita sabía ya la maniobra del timón, ocupó a popa el puesto del joven capitán.

—¿Ves?—decía ella orgullosamente. — Ya sé manejarlo, ¿no es cierto?

—Ya lo creo; con el tiempo serás una buena grumeta.

—¿Y qué es una grumeta?

—Una muchacha que trabaja como yo.

—¿Tú trabajas?

—Es claro. ¿No sabes que trabajo para vivir?

—¿Tú, Alegre? ¿Entonces, tú eres...pobre?

Alegre se quedó callado. Por el tono en que la chiquilla lo había dicho, conoció que en su casa se acostumbraba despreciar a los pobres.

—Dime, Margarita—dijo él lentamente, como si mascara las palabras,—si yo fuera pobre....—y se detuvo.

—¿Qué?

—¿Me querrías?

—Sí, siempre, lo mismo que ahora,—murmuró ella escondiendo la carita detrás de la vela.

—Cuidado, que el trapo es áspero... Y... ¿aunque tú fueras rica?

—Sí, aunque fuera rica,—respondió ella envolviéndolo en una mirada tan tierna, tan franca, tan ingenua, que él comprendió que su corazón y sus palabras andaban acordes.—Pero es que si yo fuera rica tú no serías pobre.

—¿Por qué, Margarita, por qué?

—Porque lo mío sería como si fuera tuyo.

Alegre estaba orgulloso; a sus propios ojos, con aquellas palabras, creció un palmo en su dignidad. Tomó una mano de la niña y le dijo:

—Margarita, yo soy pobre, muy pobre.

La niña se reía.

—¿Y qué importa? Eres el mismo Alegre.

—Ya que lo sabes, ¿me querrás siempre?

—Pero ¿por qué me lo preguntas tanto? Ya te lo he dicho mil veces.

XXIII

OTRA MARIPOSA Y OTRA DECLARACION

Alegre no había conocido nunca un hogar. Para serlo, faltaba algo a la casita de Ludovico.

Alegre no había tenido hermanos, ni tuvo amigos.

Alegre vió a Margarita, y en su alma virgen quedó impresa la imagen de la niña. Alegre adoró a Margarita. Margarita tenía un hogar; pero era tan frío....

El padre de ésta, ocupado siempre en sus negocios, vivía lejos de casa. Margarita conocía apenas a su padre: el amor a los negocios está en razón inversa del amor a la familia, conocía sí, a su madre, y su mamá apenas la conocía a ella.

Mariposa del gran mundo, se aburría de las caricias de su hija.

Era joven, era hermosa, era rica, ¿por qué alejarse de la alta sociedad, donde la esperaban tantos triunfos?

La dulce bujía de su hogar calentaba menos el alma fria de la gran señora que las deslumbrantes arañas de los salones.

Margarita quedaba sola. Antes le importaba menos esa circunstancia; tenía un hermano, un lindo muchacho de once años, con quien jugar y a

esa mirada y acariciando sus manitas,—no lo diré a nadie. ¿Cómo crees que iba a decirlo?

—Y ahora vamos a casa; ¿te parece?

—Sí; a mí me parece siempre lo que a tí.

Y volvieron. Cuando atracaron al muelle, la niña saltó a tierra sin esperar ayuda de su amigo, por miedo de que volviera a las andadas.

—Adiós, Alegre, hasta mañana.

Y voló como un pajarillo a través de los árboles.

Alegre quedóse mirando un rato el lugar por donde ella se había perdido, sintiendo en su alma estremecida la emoción de aquella primera caricia.

—Dilo otra vez.

—Bueno, sí.

—¿Y cuando sea grande?

—También, siempre.

——Entonces... Margarita, ¿no te vas a enojar de lo que te diga?

—No, no lo digas,—exclamó ella cerrándole la boca con una mano, mientras el carmín teñía su hermosa frente.

Alegre besó aquella manita que, como blanca mariposa, se había posado en sus labios. Y ella la retiró vivamente como si hubiera sentido un ascua.

—¿Por qué no quieres que lo diga?

—Porque me da vergüenza.

—Si no sabes lo que iba a decir.

—Sí, si, lo sé; es lo mismo que decía mamá cuando....

—¿Cuando qué?

—Cuando... Julio jugaba conmigo.

—¡Siempre Julio! ¡siempre Julio! ¿Y a él lo querrás cuando sea grande?

—No, Alegre, ni ahora, ni nunca.

—¿Y a mí cuando sea grande?

—Tú preguntas siempre la misma cosa; si ya te lo he dicho.

—Vuelve a decírmelo.

—No, no; ya no subiré más en bote; tú no me dejas tranquila.

Pero Alegre quería medir la distancia que mediaba entre él y Julio en el corazón de su ami-

guita. La miró ardientemente y suplicó casi arrodillado a sus pies, estrechándole una de las manitas.

—Por favor, Margarita, dímelo.

—No me mires así,—respondió ruborizada.

—Bueno; ¿si cierro los ojos lo vas a decir?

—Sí.

Alegre cerró los ojos, y ella dijo apresuradamente como si las palabras quemaran:

—Sí, cuando seas grande te querré lo mismo que te quiero ahora...; siempre, siempre.

A Alegre le embargó la ventura; aquello parecía un sueño; las palabras de la niña le habían caído en el corazón como bronce derretido. Quiso deleitarse con la sensación que ellas le producían, y, sin abrir los ojos, apoyó la frente ardorosa en la fresca manita que su amiga tenía sobre la rodilla.

Ella también se había emocionado al hacer aquella declaración con mayor vehemencia que la otra vez; estaba pálida, con la cabecita echada hacia atrás y los ojos cerrados. No rechazó aquella frente ardorosa que buscaba el frescor de su mano.

Así permanecieron un rato, largo, muy largo, a juzgar por el inmenso cúmulo de sensaciones que en él saborearon.

Alegre alzó la cabeza, y ella abrió los ojos, mientras la grana volvía a teñirle las mejillas.

El bote, sin gobierno, hacía un rato derivaba a favor de la corriente.

—¡Basta, basta!—dijo ella, retirándose vivamente, como si aquel beso la hubiera quemado.

Sus mejillas y su frente estaban teñidas con el más puro carmín; sus ojos azules brillaban como el cielo en un día de sol; pero en sus párpados temblaba una lágrima.

—No llores, Margarita.

—Eres muy malo.

—No, si tú me lo habías prometido,—dijo él, queriendo tomarle una mano.

—¡Déjame, déjame! Quiero volverme a casa.

—¿Te has enojado, Margarita?

—Sí, tú eres como Julio|

El muchacho, entristecido por haber disgustado a su amiguita, quedóse silencioso, mirando el agua.

Ella lo vió triste, y una leve sonrisa, como el primer rayo de sol después de una tormenta, plegó su boquita.

—¿Te has enojado, Alegre?

—No, yo no, porque no soy como tú,—respondió él.

—¡Pero si yo no me he enojado!

—¿Entonces quedamos amigos como antes?

—Sí; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no digas nada a nadie, ¿quieres?

Y la chiquilla suplicaba con sus ojos húmedos por un llanto que no había brotado.

—No—respondió Alegre, embriagándose en

—No, ya no cuento más.

—¿Por qué?

—Tengo vergüenza.

—No seas así; cuéntamela.

—No se puede.

—Mira que.... no te voy a dar lo prometido.

Este argumento decidió a Alegre, que continuó hasta el fin.

—¡Pobre Alegre!—murmuró ella.— Entonces tus papás son ahora Ludovico y Marta?

—Eso es.

—¿Y qué más?

—Nada más...; pero no, espera: "Después que vine a Cruz Chica, en el segundo verano, conocí una niñita."

—¿Y después?

—"Fuimos muy amigos, se llamaba **Flor del aire**, y me prometió una cosa porque le contara mi historia...."

—No, eso no es del cuento.

—Bueno, que no sea; pero ahora tienes que cumplir.

—¡No, ahora no!

—Sí, me lo has prometido.

—Que no te lo había prometido ¿quieres?

Alegre se ofendió.

—¡Me has engañado!—dijo con inmenza tristeza.

La chiquilla cerró los ojos. Alegre se puso de rodillas, atrajo la blonda cabecita y la besó en la frente, con un beso dulce, tierno, profundo....

—Mira lo que has hecho, Alegre—dijo ella sin mirar al muchacho;—ahora hemos vuelto para atrás, como los cangrejos.

El, que no quería despertar aún de aquel sueño, nada respondió; empuñó los remos, enderezó la embarcación y tendió la vela.

XXIV

EL POEMA DE UNA ESPINA

El idilio continuaba.

Cada noche se dormía Alegre adorando más a Margarita. Cada mañana despertaba la chiquilla queriendo más a Alegre.

Las jaquecas de miss Fulton seguían inagotables. Capaz era la taimada inglesa de haberse traído una caja de ellas para librarse, sacándolas de pretexto, de su encantadora y chacotona discípula; una caja más grande que la en que guardaba la colección de mariposas.

Y a fé que la colección prosperaba, gracias a Alegre, quien, en horas en que no estaba con su amiga, pillaba cuanta mariposa revoloteaba a media legua a la redonda de Cruz Chica. Así la chiquilla no tenía por qué afligirse en caso de no saber la lección. Si a fuerza de jaquecas y mariposas el piano y el inglés progresaban para atrás, en cambio su salud era envidiable, y sus mejillas, al parecer amasadas con pétalos de rosas, se redondeaban que era un gusto.

Era una gloria ver aquella chiquilla.

Y Alegre se pasaba las horas muertas en el bote mirándola, queriéndola y sintiéndose querido.

El también progresaba. Nunca el serafín de

Al cabo de algunos minutos, la niña rompió el silencio.

—¿Es larga tu historia?

—Sí es larga.

—¿Y entretenida?

—Creo que sí.

—Cuéntamela, ¿quieres?

El muchacho sacudió la cabeza, volviendo el rostro para no dejarse vencer por las suplicantes miradas de su amiguita.

—¡Qué malo eres!—dijo ella al cabo, vencida por la curiosidad;—cuéntamela con condición y todo; pero ahora no, después que hayas acabado la historia.

—¿No me engañas?

—No; tú sabes que yo no sé engañar.

Alegre comenzó su historia, la historia verdadera, la que no contaba a nadie, la que guardaba como un secreto vergonzoso; la que no contó ni al tio Delfín, ni al señor cura, ni a padre Ludovico. ¿Por qué se la contaba a una chiquilla que apenas podía comprenderla? Las confidencias se hacen entre almas parecidas; un viejo no puede ser confidente de un niño.

Margarita fué, pues, la primera confidente de Alegre.

La narración principió alegremente; pero, a medida que avanzaba en ella, el rostro del narrador y de la oyente comenzaron a nublarse. Hubo un momento en que el muchacho se detuvo.

—¿Y qué más?—preguntó ella.

ria; ¿no me has dicho que vas a hacer todo lo que yo quiera?

—Bueno, te la contaré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Te vas a enojar si te la digo.

—No me voy a enojar.

—Sí, sí; mejor es callarme la boca; no quiero que te enojes.

—Pero si no soy tan necia. Dime la condición; no me voy a enojar.

Hacía tiempo que Alegre soñaba con lo que iba a pedir, que le parecía un mundo. Con miedo de que no se lo concediera, atrajo la blonda cabecita de su amiga y murmuró a su oído una palabra.

Ella se puso roja como la flor de la achira, acordándose de que su mamá se reía cuando Julio la besaba. ¿Por qué se reía? Y si hubieran visto aquello en el negrillo, se habrían burlado de ella. No se atrevía, sin embargo, a decir no, por temor de ofenderlo.

El le suplicó con la mirada. Después le dijo:

—Entonces no cuento mi historia.

Los dos quedaron en silencio. Margarita, con un mohín de disgusto; Alegre, triste.

La vela de la **Gaviota** se estremecía, acariciada por una brisa fresca y chacotona que parecía complacerse en hacerle cosquillas. Y el bote volaba, sin qu su joven capitán tuviera que hacer otra manioba que mantener recta la caña del gobernalle.

carbón, como lo llamaba el tío Jorge, había estado tan hermoso.

—Y ahora, Margarita, ¿adónde vamos?—preguntaba él todas las tardes.

—Adonde vamos siempre, hasta las cinco.

El muchacho alzaba a la niña, más por costumbre que porque ella no pudiera saltar al bote sin el auxilio de sus brazos; se tendía la vela si había viento, y si no, se empuñaban los remos y ¡río arriba! ¡río arriba!

Una siesta llegaron más lejos que nunca, hasta un lugar en que dos gigantescos sauces llorones, enredadas las copas, dejaban caer las ramas sobre el agua, formando una espléndida glorieta, cuyo piso estaba alfombrado de gramilla finísima.

—¡Qué lindo para desembarcar! — exclamó Alegre.

Precisamente era ese el pensaminto de la niña.

—Desembarquemos; ¿quieres?

Alegre hizo atracar el bote, saltó a tierra, ayudó a saltar a su amiga, y ambos penetraron en la misteriosa glorieta, dejando a Tell el cuidado de custodiar la **Gaviota.**

El bosque continuaba tierra adentro, cada vez más espeso, y más espléndido en su lujosa frondosidad. Los niños se internaron en él silenciosos, conmovidos por el misterio que sorprendían. No dejaban de tener esos deliciosos miedos, sin razón, que experimentan los chicos curiosos.

Pero sus miedos vagos se condensaron de golpe cuando la chiquilla, con un alarido de es-

pando, arrojándose al cuello del muchacho, exclamó:

—¡Alegre, Alegre, la bruja!

Y Alegre alcanzó a ver la pavorosa silueta de la india Chulpa, que, medio escondida detrás de un matorral, les espiaba, pronta a caer sobre ellos.

El negrillo mil veces se había reído de los cuentos en que la india hacía de las suyas, comiéndose los chiquillos; pero aquella vez, frente a ella, sintió que los cabellos se le erizaban, que los dientes le castañeteaban y que el pánico lo invadía. Estrechó contra el pecho a su amiguita y echó a correr hacia la orilla .

La vieja, cual una mona, dió un salto y, gritando destempladamente, dióse a perseguirlos.

Alegre percibía que casi le pisaba los talones; las ramas crujían a su paso; a veces caía, enredándose sus andrajos en los **churquis**; después se levantaba y volvía a dar caza al muchacho, que corría despavorido.

La niña se había desmayado; su rubia cabecita se apoyaba sobre el hombre del negrillo; las mejillas de los dos se rozaban. Tan dulce carga daba alas al chiquillo.

Empero, sus fuerzas no eran las de un hombre. Aquella fuga insensata a través de las malezas, saltando matorrales con los pies desnudos, desgarrados por las traidoras espinas, lo rindió.

Alcalzó a ver el río cuando ya no podía más. Unos cuantos pasos y se salvaba; quiso darlos, pe-

niña, mirando al negrillo con ojos asombrados.—¿Es linda tu tierra?

—Sí, muy linda; pero es mejor ésta, porque tú eres de aquí.

—¿Hace mucho que viniste?

—Un año y medio.

—Y tus papás, ¿están todavía en Italia? Alegre sacudió la cabeza tristemente.

—No tengo papás.

—¿No tienes?, ¿Entonces, se murieron?

—Yo no sé—murmuró el negrillo, cuya historia se le venía de golpe a la memoria.

La chiquilla lo miraba con ojos cariñosos; ¿por qué se había entristecido? Le tomó la mano, y le dijo:

—No te enojes, Alegre.

—No, Margarita; con **Fior del aire** no me enojaría nunca.

Ella se rió.

—Es que yo no sabía que eso te ponía triste. Pero, dime, ¿quién te trajo de Italia?

—Es una historia larga.

—A mí me gustan mucho las historias.

—Pero la mía no es de esas que a ti te gustan.

—No importa, cuéntamela, ¿quieres?—suplicó la niña.

—No; es muy triste, no te gustará.

—Cuéntamela; basta que sea tu historia para que me guste.

Alegre sacudió la caebza sonriendo.

—No seas malo, Alegre, cuéntame tu histo-

nube de polvo, y respiró con fuerza. La amiguita quedaba más libre.

—Sí, más libre—respondió la niña cuando él se lo dijo;—miss Fulton me ha dicho que no me acerque al río, pero como ella no es mamá....

—No manda ¡claro!— prosiguió Alegre.

—Y como duerme hasta las cinco, podremos pasear más.

—¿Vienes ahora?

—Sí, súbeme,—dijo Margarita, que nunca se animaba a saltar sola al bote.

El muchacho no se hizo rogar y la ayudó a embarcarse.

Aquel día, sentía como nunca deseos de hablar.

—Margarita, ¿quien es miss Fulton?

—Una inglesa muy flaca y muy mala.

—¿Y por qué está en tu casa?

—Porque es mi profesora de dibujo, de piano y de inglés.

—¿De inglés? ¿Y tú sabes mucho inglés?

—Sí, bastante—respondió la chica, segura de ello.—¿Y tú?

—Yo no; pero sé italiano, y romano, y milanés, y napolitano,—contestó Alegre, orgulloso de tan vastos conocimientos lingüísticos.

—¿Y dónde has aprendido tanto?

—En Italia.

—Como que allí he nacido, es mi patria,—respondió él, que no conocía otra.

—¡Entonces, eres... gringo! — exclamó la

ro se le doblaron las rodillas y cayó en tierra, sosteniendo a su amiguita.

—¡Tell, Tell!—gritó con toda el alma llamando al perro que guardaba el bote.—¡Tell, a mí, Tell!

Y Tell, como un ventarrón, al oír la voz de su amo, se precipitó hacia él en momentos en que la vieja lo alcanzaba.

—¡Sus! ¡a ella, Tell, a ella!

La india se detuvo, y, como el perro se abalanzara, huyó hacia el monte, perseguida por aquella fiera que había brotado del río para defender a los chicos.

Pero Tell no mordía sin necesidad; cuando la india medio muerta de terror se internó en el bosque, cesó de perseguirla y volvió a la orilla.

Ya el negrillo se había embarcado con su amiga desmayada. Estaba tan linda la chiquilla con la cabecita apoyada en el hombre del muchacho, los ojos cerrados y la primorosa boquita entreabierta, que, si sólo hubiera estado dormida, Alegre se habría quedado mirándola, sin despertarla.

Pero tuvo miedo al verla pálida; mojó el pañuelo en el agua fría, y se lo pasó por la frente. La impresión que le produjo el frescor la hizo volver en sí; sacudió la cabeza y suspiró.

—¡Margarita!—murmuró Alegre a su oído.—¡**Flor del aire**!

Flor del aire abrió los ojos, y, después de dejarlos vagar sin dirección, los fijó en el rostro de su amigo que la miraba ansioso.

—¡Margarita, Margarita!

—¿Ya se fué?—preguntó ella.

—Sí; ya se fué.

—¿Por qué nos perseguía?

—No se. ¿Has tenido mucho miedo?

—Sí, mucho; me desmayé, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y tú no me dejaste?

—¡Oh, no, Margarita? ¿Cómo te iba a dejar? Te alcé y te traje a la **Gaviota**.

El bote derivaba a favor de la corriente. La niña quedó silenciosa; sus ojos vagaban errantes por el paisaje; su mente calculaba el valor que había necesitado su amigo para no dejarla y huir ante el peligro. De pronto alzó hacia él la vista y exclamó juntando su carita con la de él:

—Gracias, Alegre, mi buen Alegre; siempre que alguien me asuste, tú me defenderás, ¿no?

—Sí, Margarita(—rspondió él embriagado por aquella caricia que premiaba su abnegación.

La niña, sin desatar el abrazo, envolvió a su salvador en la mirada más dulce que cabía en sus ojos fascinadores, y rápida, sin darle tiempo para prevenir el ademán, lo besó en la frente.

Alegre dió un grito.

—¿Y yo, Margarita?

—Tú no,—respondió ella, que se había refugiado en el otro banco de la **Gaviota**;—tú, no; si no, me voy a enojar.

Después dijo:

rrió pasearse por el parque, ni a miss Fulton cazar mariposas, ni llovió, ni hubo viento.

Al contrario, el tiempo fué espléndido.

Alegre, que en varios días no había podido encontrarse con su amiguita, pudo hablarle aquella siesta.

—Alegre, ¡cuánto tiempo hace que no salimos!

—¿Pero saldremos hoy?

—No, no; estaremos un rato en el muelle y después me iré; mamá me ha dicho que tengo que dar lección a las tres.

—¿Lección?

—Sí; yo creo que es por hacer rabiar a miss Fulton, pues a la inglesa le gusta dormir la siesta. Pero no importa, Alegre, mañana podré ir contigo y muy lejos, ¿sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque mamá se va a Buenos Aires?

—¿Y tú?

—Yo me quedo con, miss Fulton; mamá se aburre, el campo le fastidia.

—¡Ah!—suspiró el negrillo.—¿Cómo puede fastidiarse viviendo donde vives tú?

—Por la mañana del siguiente día llegó a la quinta una volanta tirada por dos hermosos caballos. En ella, la señora de Alvarado iba a hacer el trecho de dos leguas que separa el **chalet** de la próxima estación del ferrocarril.

Alegre vió desaparecer el carruaje entre una

XXII

EL PRIMER BESO

No todos los días era posible salir. Más de una vez a la aburrida señora de Alvarado se le ocurría ir a pasearse por el parque, precisamente a la hora de la siesta.

Y Margarita tenía que dedicarse a las incruentas cacerías de mariposas, mientras Alegre, desde la otra orilla, espiaba impaciente el momento de poderla hablar.

—Alegre decía ella, acercándose al muelle en un momento de descuido,—esta tarde no hay paseo, será mañana.

Tampoco al otro día era posible, porque llovía, o hacía viento o miss Fulton no tenía sueño y era preciso aguantar los enfados de la inglesa, que también se dedicaba a la caza de mariposas, para coleccionarlas.

Este era un negocio que Margarita explotaba: si cogía alguna que su aya no tuviera, podía permitirse el lujo de no estudiar una lección de piano, de dibujo o de inglés. De inglés precisamente; ¡Dios mío! ¿para qué habría ingleses en el mundo? ¿No era más sencillo entenderse en castellano?

Un día ni a la señora de Alvarado se le ocu-

—¿Sabes, Alegre, una cosa? ¡Me has hecho daño!

—¿Yo?

—Sí, mira.

Y la niña, levantando la ligera manga que la cubría el brazo izquierdo, mostró, a la altura del codo, un rasguño en la epidermis, teñida apenas por una gota de sangre.

Alegre tomó amorosamente aquel brazo mórbido y suave como el raso, para examinar la herida.

—¿Has visto? Me has hecho daño.

—No, Margarita; no he sido yo; es una espina, todavía la tienes.

—¿Una espina?

—Sí, mírala.

Y el muchacho señalaba la cabecita de una espina que había lastimado con inaudita crueldad aquel brazo querido.

—Tienes razón; y ahora, ¿qué hacemos?

—Sacarla.

—Yo no puedo.

—Yo sí; ¿quieres que la saque?

—¿Qué vas a hacer?

—Eso es cuenta mía. ¿No te enojarás?

—No, no; pero no me hagas daño.

Alegre tomó el brazo y aplicó sobre la herida sus amorosos labios, y sin que valieran las protestas de su amiga, con sus pulidos dientes agarró la espina y la extrajo como lo hubiera hecho un cirujano con unas pinzas.

—¡Mira la pícara!—exclamó triunfalmente, poniéndola ante los ojos de su amiga.

—¡Qué hábil eres! Pero yo no quería de ese modo.

—No hay otro—contestó él riéndose.—¿Me perdonas?

—Sí; pero no vuelvas a dejarme picar, porque entonces me quedaré con la espina; ya te he dicho que no me gusta.

—¿Y cuándo te va a gustar? ¿Nunca?

—¡Quién sabe! Tal vez cuando seas más bueno.

Alegre sonrió. ¿Cuándo sería aquello?

En lontananza veía algo que no se hubiera atrevido a explicar a la niña por miedo de sonrojarla; él mismo se avergonzaba de aquel cuadro de futura felicidad. ¿Llegaría? ¡Ah, si el hombre pudiera saber las sendas que traza Diós!

—De que tú me obedezcas. Julio no era así: ¿por qué entonces eres de ese modo:

—Ya te lo dije ayer.

—No me acuerdo.

—Sabes por qué soy así? ¡Porque te quiero, Margarita! ¡mucho! ¡mucho!

Y la miraba con esa mirada que la hacía enrrojecer.

Ella quedó un instante silenciosa, como luchando con su propia timidez. Después murmuró:

—Entonces yo también haría siempre lo que tú quisieras.

—¿Por qué? preguntó Alegre temblando de esperanza.

—Porque.... No me animo a decirlo,—y sus ojos suplicantes y picarescos miraban al niño.

—¡Dilo, dilo!

—Porque.... porque; ¡pero si no me animo! Porque yo también te quiero, Alegre,—respondió, ocultando su avergonzada carita entre las manos.

El había ahogado un grito. Las grandes alegrías son como los grandes dolores.

Ella, roja de vergüenza, se puso a golpear el agua que chapoteaba contra el bote: ¡clap, clap!.... ¡clap, clap!

Y por hacer algo que disimulara su turbación, quiso imitarla:

—¡clap, clap!... ¡clap, clap!

un salto y de un manotón la hizo caer con la gorra.

—¿No te decía?—exclamó triunfalmente, sosteniéndola con delicadeza por las pintadas alas.

—¿La has pillado?

—Sí, va tienes para mostrarla a tu mamá.

—¡Qué hábil eres!—dijo la niña, tomándola con sus rosados deditos y aprisionándola en una cajita de hojalata con habilidad digna de un entomologista.—Pero mira, Alegre, cómo me has mojado los zapatos.

Los remos al caer la habían salpicado.

El capitán se arrodilló en el fondo, y con su pañuelo blanco, que Marta le había puesto en el bolsillo, secó cariñosamente las gotas de agua que mojaban los zapatitos de la chiquilla.

—Si tú anduvieras como yo, aunque te mojaras no te importaría,—y el niño mostraba su pie desnudo de grumete.

—Si me dejaran, andaría descalza como todos los chicos de acá; pero ni mamá ni miss Fulton van a querer. ¿Estamos lejos de casa?

—Algo más que ayer.

—¿Quieres que volvamos?

—Como tú quieras, Margarita; ya sabes, siempre como **Flor del aire** quiera.

—Volvamos pues.

La embarcación empezó a desandar lo andado. La niña sonreía mirando a Alegre.

—¿De qué te ríes?

XXV

LA CARCAJADA DEL MAR

El carácter de miss Fulton, por estar recluída en Cruz Chica, agriábase más cada día. Odiaba el campo y la habían condenado a vivir en él. Dios sabe cuántos meses, hasta que el médico dijera: "¡Basta! la niña está fuerte."

De pensar que por causa de ella se le imponía aquel destierro, la inglesa tomó tirria a la chiquilla.

—¡Me la pagará!—decía.

Y se la pagaba, y con creces.

—Esta mañana, no hay paseo por el parque, Margarita; es necesario estudiar.

Y aquella mañana la niña se quedaba en el cuarto haciendo como que estudiaba, o mirando desde el balcón las mariposas que revoloteaban en el parque y envidiando su libertad.

Pero eso no era nada. Lo que más dolía a la niña era el encierro a la hora de los paseos con Alegre. Se había entablado una lucha entre miss Fulton, a quien se le había puesto en la cabeza hacer dormir la siesta a la chiquilla encerrándola, y la chiquilla, que se había prometido hacer rabiar a la inglesa escapándose.

Ya la pobre criatura no tenía un minuto de libertad.

Una mañana se escapó y corrió al muelle. Alegre la esperaba.

—Margarita. ¡Por fin vienes!

—¡Por fin me libro de miss Fulton!

—¡Siempre miss Fulton!

—Siempre, mientras no venga mamá.

—¿Y cuándo viene?

—¡Quién sabe! ¡Se aburría tanto acá!

—¿Se aburría?—preguntó el muchacho mostrando en los ojos, grandes, grandes, la profundidad de su asombro.—¿Se aburría? ¿Pero podía aburrirse contigo, Margarita?...

La niña movió tristemente la cabeza. El prosiguió:

—¿Cómo no me fastidio nunca yo?

—Es que ella es señora grande.

—No importa; es tu mamá.

—Pero se aburría. ¡Los chicos aburren a los grandes!

—No, no; ¿sabes lo que yo creo?

—¿Qué crees tú?

—Que ella—dijo bajando la voz—se aburre contigo porque no te quiere como te quiero yo.

La niña se puso pálida.

—¡Oh, no! No lo creas.

—Si, Margarita, estoy seguro.

—No, Alegre, no vuelvas a decirlo.

—¡Si es la pura verdad!

—Bueno, bueno; no hablemos más de eso.

Pero ni los pajarillos, ni los sauces, ni el río, ni el sol, ni Tell siquiera, que sentado a proa diríase que contemplaba todas las cosas, podían adivinar la exraordinaria felicidad que henchía el corazón de Alegre.

Tampoco habrían adivinado que en el corazón de la niña aleteaba también una alegre mariposa.

Hacía un rato que no se cruzaba entre ellos una palabra; la chiquilla miraba correr el agua y escuchaba sus rumorosas protestas al ser cortada por la quilla de la **Gaviota**. ¡Clap, clap!... ¡clap, clap! hacía, chapoteando contra las maderas, ¡clap, clap!... ¡clap, clap!

Alegre, remando con la regularidad de una máquina, llevábala recta y ligera como un dardo. No hablaba, porque era feliz; se contentaba con mirar a su amiguita, entretenida con los rizos del río, que ni tenían reparo en besar su manita pendiente fuera de la borda.

Tell también estaba mudo. Miraba entristecido, ya al capitán, ya a su linda compañera, que le había robado el corazón de su amo.

Tell era un grandísimo celoso; la **Gaviota** también era una celosa. Una caricia de la niña, cuando Tell protestaba con un gruñido y la **Gaviota** con un barquinazo, bastaba para reconciliarlos con su linda rival.

El cuadro era tan hermoso que una mariposa que lo vió, acercóse revoloteando tontamente a medio metro del bote.

Alegre, que la espiaba, soltó los remos, dió

cubierto su presencia, puede llegar a su presa en un tiempo increíblemente corto. Puede atacar con sus cañones, y si las condiciones le son favorables, hasta le es posible chocar para partirlo. Un destroyer que camina a razón de treinta a cuarenta millas puede dividir a un submarino en 2 partes, cortándolo como con un golpe de navaja. En los primeros días de la guerra, estos eran los métodos principales de ataque, pero cuando yo llegué a Londres ya se había inventado un arma más terrible. Me refiero a la bomba de profundidad, o sea un gran recipiente conteniendo cerca de trescientas libras de trinitrina, que explotando en cualquier punto dentro del limite de cien piés de distancia del submarino, o lo destruye por completo, o lo daña de tal modo que tiene que salir a la superficie para entregarse.

INVENCION DE LA BOMBA DE PROFUNDIDAD

La historia del invento de la bomba de profundidad expone claramente el papel que se proponían encomendarle en la guerra anti-submarina. El Almirante Jellicoe me refirió la historia cuando le pregunté quien había inventado este proyectil tan aniquilador.

"Nadie en particular, me contestó. Se le creó casi expontáneamente, respondiendo a una necesidad urgente. El fuego de artillería puede destruir los submarinos cuando estos se hallan en la superficie, pero vos sabéis quen ada puede realizar contra los que están sumergidos. Este hecho hacía muy difícil el hundirlos en los primeros días de la guerra. En cierta ocasión cuando la Gran Flota efectuaba una travesía por el Mar del Norte, un submarino disparó un torpedo sobre uno de los cruceros. El crucero vió el periscopio y la estela del torpedo, y poco le costó maniobrar a fin de evitar el golpe. Se dirigió entonces a toda velocidad hacia el lugar desde donde el submarino había disparado su torpedo, con la esperanza de partirlo al choque. Pero cuando llegó ya el submarino se había sumergido de modo que el crucero pasó encima sin causarle daño. Sin embargo, los oficiales y tripulantes alcanzaron a ver el casco hundido; allí estaba el enemigo a plena vista de sus perseguidores, pero perfectamente a salvo. Los oficiales me dieron cuenta de este incidente en presencia del Almirante Maddn, segundo en el mando.

"¿No hubiera sido magnífico, dijo Madden que hubiesen llevado a bordo una mina de tal manera construída que al dejarla caer desde a bordo, hubiera hecho explosión al llegar a la profundidad en que se hallaba el submarino?"

"Esa observación —continuó diciendo el Almirante Jellicoe— nos llevó a la idea germinal de la bomba de profundidad. Pedí al Almirantazgo que se pusiera a trabajar y produjera una "mina", que obrara en el sentido indicado por el Almirante Madden. Su construcción pareció ser muy sencilla: un cilndro corriente de acero, lleno de trinitrina; este se adaptaba a un sencillo mecanismo de disparo, que se efectuaba por la misma presión del agua, y se ajustaba de tal modo que hiciera explotar la carga a la profundidad deseada. Este aparato era tan simple y tan necesario que nosotros en el acto comenzamos a fabricarlo."

EFECTO SOBRE EL SUBMARINO Y LA TRIPULACION

La bomba de profundidad tenía el aspecto de un bote de esos que se usan en las casas para la ceniza, y se fue el nombre por el cual se hizo pronto popularmente conocida. Cada destroyer llevaba veinte o treinta en la proa; un simple tirón de la palanca y caía una bomba al agua. Muchos destroyers también llevaban una especie de howitzers extraños, que tenían la forma de Y, de la cual dos "botes de ce-

niza" podían ser lanzados a cincuenta o más yardas de cada lado del buque. La explosión, cuando ocurría a cien pies que, según he mencionado, era fatal para el submarino, aboyaba las planchas, produciendo algunas veces un agujero tan grande que el barco se hundía casi instantámeante. A una distancia un poco mayor causaba un agujero de tales proporciones que el submarino se veía obligado a echar sus tanques de lastre, para subir a la superficie y rendirse. Aun cuando la bomba de profundidad estallara a más de cien pies, el resultado podría ser igualmente desastroso, pues el choque desarmaba el casco y perjudicaba los timones horizontales, haciendo imposible la marcha, o perjudicaba la maquinaria esencial de modo que un submarino quedaba indefenso. Algunas veces las luces se apagaban, dejando a la tripulación en completa oscuridad; las partes indispensables eran removidas de sus agarraderos; y en ese caso el Comandante no tenía más que dos alternativas que escoger: la una, era dejarse aplastar por la presión del agua, y la otra hacer saltar sus tanques, y venir a la superficie a entregarse. No es menguar el valor de los Comandantes de los submarinos el decir que en esta situación embarazosa, generalmente preferían rendirse a merced del enemigo más bien que dejarse aplastar o sufrir una muerte de larga y penosa agonía bajo el agua. Aun cuando la explosión se efectuara a una disatncia tan grande que el submarino no saliese gravemente perjudicado, la aventura resultaba bastante desagradable para la tripulación. Si se arrojaban doce bombas de profundidad, unas tras otras, el efecto sobre los tripulantes del buque perseguido era en extremo desconcertante. Durante el curso de la guerra varios de nuestros mismos submarinos fueron atacados por las bombas disparadas por nuestros propios destroyers, y por nuestros tripulantes obtuvimos descripciones vívidas de la impresión causada. Se averiguó que los hombres que habían soportado semejante prueba permanecían prácticamente inútiles durante varios días, y que algunas veces qudaban ineptos para el servicio. El estado de los nervios después de semejante expriencia no es muy desemejante a la **sicosis de la guerra** que se ha conocido con el nombre de "**choque de granada**."

Uno de nuestros oficiales que tuvo una aventura de esta clase me dijo que la explosión de una sola bomba de profundidad bajo el agua podía compararse al disparo simultáneo de todos los cañones de catorce pulgadas de un buque de guerra. Sólo podemos imaginarnos lo que puede ser esa repercusión cuando era producida por diez o veinte bombas de profundidad sucesivamente. Ya fuera que el submarino quedase destruido o gravemente

---

perjudicado, el hecho es que los tripulantes bombardeados de tal modo tenían mucha precaución en lo futuro de andar por las cercanías de un destroyers; y, entre las varias influencias que últimamente desorganizaron la moral de los encargados del servicio submarino alemán, la de las bombas de profundidad fue indudablemente la más importante. El más vigoroso de los marinos de sumergibles no quedaba con ganas de volver por segunda aventura.

Esta declaración parece que nos dijera que la bomba de profundidad había sellado la suerte del submarino. Sin embargo el caso estaba muy lejos de ser así, pues contra el bote de ceniza con sus trescientas libras de trinitrina, el submarino tenía un arma defensiva poderosa: su invisibilidad. Por extraño que parezca, el lego en la materia se inclina a pasar por alto sobre este hecho aparente. En realidad, el único detalle en que el buque sumergible se diferencia esencialmente de los demás barcos de guerra es el poder que tiene de desaparecer de vista. Al presentir el peligro desde lejos, el submarino se esconde bajo el agua en cualquier parte en término de veinte segundos a un minuto. Y su gran ventaja está en que puede descubrir a su enemigo mucho antes de que éste lo descubra a él. Un submarino que navegue a flor de agua, o sea con la torre cónica expuesta, puede ver a un destroyer a una distancia de quince millas aproximadamente si el tiempo está despejado. En condiciones semejantes al destroyer puede ver al submarino a una distancia de cerca de cuatro millas. Poseyendo esta gran ventaja el submarino puede por lo general decidir si hace frente al enemigo o no; si resuelve que es prudente evitar el encuentro, todo lo que le queda por hacer es zambullirse, y permanecer sumergido hasta que ha pasado el destroyer, que no tiene idea de su presencia, y luego reanudar su tarea, cual es no la de luchar contra los buques de guerra sino contra los barcos mercantes, a los cuales hunde. La principal ansiedad de un Comandante de submarino es evitar el contacto con un adversario que navega en la superficie, y su terrible bomba de profundidad, mientras que el interés de un Comandante de destroyer es llegar a una distancia que le permita combatir a su enemigo.

DOCUMENTOS SECRETOS QUE SE DESCUBRIERON LA VISPERA DEL

proceso Caillaux

Los tres documentos siguientes han sido publicados por la Liga de los Derechos del Hombre, una sociedad patriótica francesa organizada en un principio para la defensa del Capitán Dreyfus, hace 20 años. Se pretende mostrar que cuando ocurrió la crisis Agadir en 1911, Caillaux negoció secretamente un arreglo con Almania, por el cual, por el territorio francés que sería cedido, Caillaux iba a quedar en condición de hacer fortuna en la Bolsa.

Otro interés que despiertan los documentos es el hecho de que fue para apoderarse de los originales que Mme. Caillaux mató a Gastón Calmette, editor de El Fígaro, en la primavera de 1914, naturalmente ni la defensa ni el proceso pudieron introducir los documentos en el juicio en que al fin ella fue absuelta.

(Nº 210. Secreto.)

París, Julio 26 de 1911.

Al Ministerio de Realciones Exteriores,

Berlín.

Fondere, que ayer y hoy tuvo largas conversaciones con Caillaux, dice que este último ha calificado como completamente imposible la cesión de la costa congolés. La opinión pública la consideraría como una humillación para Francia, y según su concepto ello equivaldría a un suicidio político. Caillaux manifiesta que desespera de la posibilidad de llegar a un arreglo con nosotros, y agrega que empezó a ver oscuro el porvenir.

En una discusión entre Fondere y Caillaux, en lo que se refiere a compensaciones, el Primer Ministro se atrincheró detrás de la resistncia que ofrece Inglaterra a las concesiones territoriales importantes que se nos haría, pero al mismo tiempo manifestó que, aún contra el deseo de los ingleses, Francia cedería el Congo Francés, territorio al Este de Cameroon, con el Sangha como nueva frontera al Sur hasta llegar al Río Congo.

Fondere puede ver siempre a Caillaux, pues este último lo aprecia como un experto de colonias. El está a nuestra disposicón. Al asegurar que la seción de toda la costa congolés exasperaría vivamente la opinión pública francesa, ya rebelada de una manera bastante visible contra nosotros en varias ocasiones por Inglaterra, Caillaux es, en mi opnión, sincero.

(f.) Schaen

(Nº 214. Secreto.)

París, julio 27 de 1911.

Al Ministerio de Relaciones Exteriores,

Berlín.

Caillaux ha encargado a Fondere que informe a la Embajada, que está movido por un sincero deseo de llegar a un arreglo con nosotros, y que preferiría ajustar un convenio sobre bases amplias, arreglando todas las diferencias que han surgido entre nosotros durante los últimos años. Esto le serviría a él para justificar ante la opinión pública la cesión de territorio colonial, indicando la gran ventaja de suprmir todos los asuntos que pudieran ocasionar fricción entre nosotros.

Tanto mayor sea la extensión del convenio y tanto mayor el número de diferentes objetos que abarque, cuanto más fácil sería para Francia el mostrar un espíritu de acomodación en la cesión de territorio colonial; mientras que un arreglo que se limitase a Marruecos y al Congo causaría aquí una impresión humillante, y con dificultad podría dársele una forma satisfactoria para nosotros.

Caillaux pide que se haga en Berlín una encuesta para averiguar en todo sentido posible que es lo que se desea. El piensa—aunque estas concesiones serían pequeñas—en un traslado de la deuda otomana a Alemania, la retrocesión del 30% de las acciones del Ferrocarril Bagdad a la Bolsa de París, y una inteligencia acerca de los ferrocarriles del Oriente. También ha considerado la posibilidad de cedernos las posesiones francesas en Oceanía.

Mañana a medio día enviaré al consejero de la Embajada para que os dé un informe verbal.

Caillaux pide con insistencia que nada de estas preliminares sea comunicado a Cambón.

(f) Schoen.

(Nº 245. Contestación al telegrama Nº 369).

Berlín, noviembre 14 de 1911.

Su excelencia tendrá la bon-

dad de ofrecer a Caillaux mis sinceros agradecimientos por la adminación que ha manifestado por mi discurso en el Reichstag. Creo que el Ministro conviene conmigo en pedir que la conclusión de las negociaciones de Marruecos ofrezcan una base para el desarrollo progresivo de las relaciones franco-alemanas, en un espíritu de confianza. También, nunca olvidaré la ayuda que según sé, ha dado Caillaux personalmente a la terminación de las negociaciones.

(f) Bethmann Hollweg.

Se anunció para el 23 de octubre la representación del acto que en el drama ha tocado al político francés José Caillaux, drama puesto en escena por M. Clemenceau cuando llegó a la presidencia ministerial el 17 de noviembre de 1917. El proceso se seguiría ante el Senado reunido en la Corte Suprema de Justicia.

La salud del acusado es lo único que pudo haber cambiado la fecha, pues durante los últimos meses se ha encontrado enfermo en un sanatorio particular en los suburbios de Neuilly-sur-Seine, donde—desde el Hospital Americano que se halla en el boulevard du Chateau—se ven pasear los guardias de aquí para allá. Por otra parte estaban tan seguros sus amigos de que Caillaux nunca sería llevado a juicio, y tan ciertos están ahora de que saldrá triunfante vencedor del "Tigre," que le han nombrado miembro de la cámara de Diputados del Departamento del Sarthe.

El prólogo pronunciado por M. Clemenceau en noviembre de hace dos años, cuando él se alistaba a preparar el escenario de este gran drama, fue el más breve que registra la Historia; helo aquí:

"Me propongo purgar a Francia de traidores."

En seguida comenzó la representación, el "Tigre" hacía el papel de la Suerte, tal como aparece en una tragedia griega. Con gran presición se desarrollaron los actos: el asunto de Bolo, el de Duval, el de Lenoir, algo de comedia en el episodio de Humbert, Maivey y Bonnet Rouge, y ahora después de una larga espera, el quinto acto se resume en una sola palabra: "Caillaux."

Libre de toda palabrería legal, el cargo que se ha formulado contra M. Caillaux, se llamaría sencillamente "traición." En Francia, de una manera cortés lo designan así: "complot contra la seguridad externa del Estado."

Pero lo de traición es cosa tan fea en Francia como en cualquier otra parte. Bolo, Duval y Lenoir, dos de los cuales sufrieron la pena de muerte, y el tercero espera estar un día u otro frente al pelotón que lo fusile por el cargo de "inteligencia con el enemigo," — encontraron que es bien triste lo que sucede. Y había otros.

Como ha habido tantísimas disputas, algo bien intencionadas, respecto a la acusación que se ha hecho contra Caillaux y por la cual se le juzgará, y muchos han dicho que ha falta de pruebas contra él,—sería bueno que citáramos de una vez algo del acta de acusación, que la Corte Suprema del Comtié de investiga-

ciones adoptó en una votación de siete contra dos el diez y siete de septiembre, ordenando que se siguiera juicio al acusado. La conclusión dice lo siguiente:

"Por cuanto lo que se desprende de la combinación de los Artículos 77 y 79 del Código Penal y el Artículo 205 del Código de Justicia Militar, esas leyes tienen por objeto reprimir, bajo la única condición de estar caracterizados por maquinaciones, maniobras o inteligencia con el enemigo, todos los actos de tal naturaleza que perjudiquen los supremos intereses de Francia o sus aliados, obrando contra un enemigo común, y lo único que se necesita para que estos actos, maquinaciones, maniobras o inteligencias con el mencionado sean castigados, es que hayan favorecido al adversario, facilitándole sus empresas en cualquier forma que sea. Fuere cual fuere el motivo, codicia de dinero, espíritu de partido, ambición política, o cualquier otro incentivo, el autor de estos actos no es menos responsable por intento criminal contra la seguridad exterior del Estado, que si los hubiera perpetrado intencionalmente. Según esta acusación, no hay razón para admitir la apelación que ha presentado el reo y que tiene por objeto abrir investigaciones suplementarias. Los hechos que se han tomado en consideración parecen ser suficientemente claros."

M. Peses, Presidente de la Corte Suprema del Comité de Instrucción, agrega a los cargos de M. Caillaux los mismos hechos que obligaron al Gobierno en 1917 a enviar al ex-Primer Ministro ante la Corte Suprema, con la observación adicional respecto a la apelación del acusado que lo que podría considerarse como criminal en personas comunes, como Bolo Pashá, Duval, Lenoir y otros, no se podría tomar así respecto a un ex-Ministro de Francia, especialmente si ese Ministro se llama Caillaux.

En el juicio original que llevó la causa ante el Comité de investigaciones, se declaró formalmente que si M. Caillaux se presumía culpable de inteligencia con el enemigo, un consejo de guerra sería el único competente, pero que, por otra parte, si el cargo de complot contra la seguridad externa del Estado fuera reconocido como válido, M. Caillaux sería enviado a la Corte Suprema del Senado. Aun más, M. Lescouvre, Abogado general, en su memorandum en que presenta el informe del General Duvail, publicado en su calidad de Gobernador Militar de París, aludió al cargo de complot contra la seguridad externa del Estado.

El artículo 77 del Código Penal estipula la pena de muerte para todo aquel que se haya puesto de acuerdo con los enemigos del Estado, con el propósito de facilitar su entrada al territorio de la República, y el artículo 79 dice que las penas serán idénticas cuando estas maniobras se hayan efectuado contra los aliados de Francia, obrando contra un adversario común. El artículo 205 del Código Militar trata de la inteligencia con el enemigo.

Ahora bien, el complot contra la seguridad externa del Estado implica la inteligencia con el enemigo y la maquinación, y por esta razón los artículos que acabamos de citar son los que tendrá que aplicar la Corte Suprema al ser M. Caillaux declarado culpable.

El fallo emitido por la comisión senatorial de investigaciones es un documento casi tan largo como el tratado alemán, presentando en forma concisa y

legal, con sumarios de las pruebas indispensables, toda la historia del caso. De este modo la misión mandada a la América del Sur en 1915-1916; el asunto Minotto y el telegrama de Berstorff; el asunto Lipscher; la campaña derrotista de Caillaux en Italia en 1916 y la caja de hierro ocultada en Florencia; y finalmente las pretendidas intrigas con Alemania en 1911 cuando ocurrió el asunto Agadir, que según se dice habían procurado una fortuna a Caillaux en la Bolsa, por la cual Francia pagó con territorio africano y la pérdida, por un tiempo de su buen nombre en Inglaterra, cuyo Gobierno había venido a su salvación cuando la amenazaba Alemania: todas estas cosas forman parte de la acusación como también lo forman las pruebas acumuladas que se presentaron en los procesos de Bolo Pashá, y otros detalles de menor importancia en la campaña contra el derrotismo.

Entre los distintivos más extraordinarios de este informe, está la vinculación de las pretendidas transacciones traidoras de Caillaux con Alemania en 1911, con la muerte de Gaston Calmette, editor del Fígaro, que murió asesinado por Mme. Caillaux tres años después de la fecha mencionada.

En el largo proceso que concluyó con la absolución de Mme. Caillaux, en la defensa se presentaron pruebas que tendían a demostrar que en la campaña que seguía el periodista contra su esposo,—M. Caillaux a la sazón Ministro del Tesoro en el Gabinete Doumergue,—se publicaron extractos de cartas amorosas cangeadas entre los Caillaux siempre que se pudieron obtener, y que Mme. Caillaux temiendo nuevas relaciones, fué entonces a la oficina de M. Calmette a pedir las cartas con amenaza de revólver el cual disparó causando la muerte al periodista.

Algunas de las cartas fueron leídas en la Corte. Se encontraron de muy poco buen gusto, dado el estado conyugal de los corresponsales. Sin embargo la dama se desmayó y tuvo que ser sacada de la sala.

La actual acusación contra M. Caillaux muestra que el asunto fue algo más serio que una cuestión de cartas de amor reclamadas con revólver en mano. Lo que era ese algo, por medio del examen minucioso del proceso, no tenemos más que una ligera idea.

El 21 de julio de 1914, pocos días antes de que se cerrara el proceso, M. Caillaux pidió un careo con Luis Latzarus, uno de los miembros del personal del "Figaro," que anteriormente había testificado que M. Calmette le había dicho que poseía documentos diplomáticos importantes, los suficientes para aplastar a Caillauvx. Latzarus rehusó especificar el contenido de los documentos, salvo que lo obligaran a hacerlo, pues la divulgación constituiría un grave peligro para la Francia.

El asunto se pasó por alto en el proceso y en la defensa. El juicio continuó. Ahora sabemos lo que eran esos documentos diplomáticos. En realidad eran lo bastante fuertes "para aplastar a Caillaux," pero su introducción habría llevado a Alemania a la frontera francesa en pocas horas. Ese es el porqué ni la defensa ni el proceso se mostraron ansiosos en presentarlos. Hoy las cosas cambian; ya no existe grave peligro para la Francia.

Los documentos se componen de tres despachos que tienden a mostrar que en julio de 1911, mientras M. de Selves y Sir Edward Grey, los Ministros de Relaciones Exteriores de Francia e Inglaterra, respectivamente, ayudados por Julio Cambon, Embajador de Francia en Berlín, hacían lo mejor posible por concluir la crisis producida por el descendiente alemán en Agadir, Marruecos, a la menor costa posible de Francia,—Caillaux estaba a la espalda de todos, dirigiendo negociaciones con la Wilhelmstrasse, que prometian grandes fajas de territorio francés a Alemania y una fortuna fabulosa para el protagonista.

Ya hemos transcrito los documentos en referencia. Los originales estaban escritos en la clave del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania. No se cree que hayan sido descifrados cuando se siguió juicio a Mme. Caillaux en 1914, aunque Calmette, que los tenía en secreto, probablemente se había dado cuenta de su contenido. Después de la muerte de Calmette permanecieron algún timpo en poder de su cuñado Prestat, Presidente de la Junta Directiva del "Fígaro." La guerra dió a los agentes franceses la clave del Ministerio de Relaciones de Alemania, y facilitó la traducción correcta que se hizo.

La absolución de Mme. Caillaux, que había renunciado a su cartera ministerial a causa del proceso, recibió el nombramiento de Pagador General del Ejército. Ahora recorría los boulevares con su bella consorte, vestido con un elegante uniforme de Coronel. Pero un desgraciado acontecimiento lo obligó a buscar un lugar más tranquilo que París cuando los alemanes avanzaban hacia el Marne. Un

dia el señor y la señora fueron detenidos por la muchedumbre y tratados con un poco de dureza cerca de la Avenida de la Opera. Les arrojaron varias cosas que dejaron desapercibidas los que limpiaban las calles en tiempo de guerra: pronto partieron para Vichy. De allí se fueron para la América del Sur, donde el episodio del Conde Jaime Minotto, juzgado sumamente interesante por la comisión de investigaciones, comienza en Río de Janeiro.

El Conde fue presentado al ex-Ministro como un empleado de un Banco importante de los Estados Unidos. Caillaux, que tenía una especie de misión del Gobierno Francés, parecía afanarse en negocios. Un día le pidió al Conde que le ayudara a elaborar un informe que tenía que mandar a su Gobierno. El Conde se ocupó de la escritura en máquina. La amistad que se trabó aquí fue reanudada en Montevideo y Buenos Aires.

La esencia de estas conversaciones se halla en un Despacho cablegráfico que el Conde Luxburg envió a Berlín por conducto de Berstorff.

Se dá por sentado que la mayor parte de los datos suministrados por Minotto han salido correctos. Lo mismo se aplica a las negociaciones de Marruecos, las acusaciones contra M. Poincaré y el Gobierno francés y la lamentación de M. Caillaux respecto a la alabanza que le hace la prensa alemana, por la terminación del incidente de Marruecos.

Más tarde, siguiendo el curso de la Embajada alemana en París. En 1916 el barón llegó a ser Jefe del Departamento Político germano en la Bélgica ocupada y entonces acusó a Lipscher, un húngaro que se decía gozar de la confianza de Caillaux,—lo acusó de haber entrado en relaciones con el ex-Primer Ministro con el objeto de poner punto final a la guerra.

Enseguida viene la visita a Italia y la historia de la caja de caudales que quedó sellada en Florencia; la cuestión del banquero Marx que figura en el asunto de Duval y Bonnet Rouge. Las relaciones con dos notas que se encontraron en la caja fuerte, mostrando que Caillaux recibió en febrero o marzo de 1916, un enviado del banquero Marx, agente acreditado del Gobierno alemán para la distribución de fondos.

Se recordará que en Roma Caillaux entrevistó a varios personajes italianos. El diario del señor Martni, refiere una conversación con el político francés, dando datos que han sido muy valiosos para la comisión investigadora.

Ahora llegamos al período de la campaña pro-derrota en Francia, sostenida por los millones de francos suministrados por Alemania. La acusación prosigue tratando de varias cuestiones sugeridas hace dos años por M. Clemenceau y concluye con las palabras ya citadas, que se refieren a los motivos de Caillaux y a su culpabilidad.

Walter Littlefield.

"LA ACTUALIDAD" ES LA REVISTA DE MAYOR CIRCULACION EN CENTRO AMERICA, POR EL ABUNDANTE Y ESCOGIDO MATERIAL DE LECTURA QUE INSERTA Y POR TENER UN SERVICIO ESPECIAL DE FOTOGRABADOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION: "CASA COLORADA".

6a. Avenida Sur, No. 2.

NOTICIAS DE MEXICO

LAS PROXIMAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

De una manera amenazante la elección presidencial de Méjico proyecta su sombra. Ya hay pruebas de la tensión que se presentará al país tan desgarrado por las revoluciones, cuando sobrevenga la crisis más aguda. En el platillo de la balanza la cuestión relativa a que si más allá de la sombra del conflicto político venidero, se halla la perspectiva de condiciones más estables con la remoción del peligro de una ruptura con los Estados Unidos. Por otra parte el choque de los leaders, que van tras el poder que siempre ha tocado los lindes de una dictadura, traerá por consecuencia la rehusación del resultado de las votaciones, y por tanto el más completo desórden que Méjico ha experimentado en mucho tiempo.

De cualquier modo que sea, la lucha que ahora se está preparando tendrá consecuencias de grandísima importancia para los Estados Unidos. Lo que predomina en la actualidad es un doble conflicto: uno en Ciudad-Méjico por obtener el dominio del Congreso; el otro en los diferentes Estados que tratan de procurarse el control local. Cada uno de ellos es un positivo factor en determinar los resultados de la elección.

Un Gobernador de Estado, en virtud de la autoridad que ejerce sobre la policía y las tropas, puede imponer un voto, cosa que se ha practicado con frecuencia. Sin embargo, dentro del Estado hay un poder que se opone al del Gobernador, y es el de la Legislatura que decide sobre las elecciones. Cuando estas dos ramas del Gobierno se encuentran en oposición, es muy posible que los datos presentados por el Gobernador sean rechazados por la Cámara Legislativa.

También esto se ha hecho con frecuencia; pero hemos de agregar un nuevo factor: las tropas federales pueden tomar parte e imponer su fuerza a las autoridades locales que no estén de acuerdo con el poder central, y obligar a que lleguen a una resolución que armonice con los propósitos de Ciudad-Méjico. No termina aquí la cuestión, pues el partido que pierda en las lecciones de estado, puede hacer una apelación al Congreso Mejicano, y si hay una división entre el Jefe Ejecutivo y el Congreso, es posible que el orden de cosas se invierta.

En ambas faces de la lucha ha habido importantes acontecimientos ocurridos en época reciente, acontecimientos que no aparecen claros en los despachos enviados de Cudad-Méjico. Las personas más prominentes como candidatos a la presidencia, son tres: El General Obregón, que se conquistó fama nacional al derrotar a Villa en la batalla de Ceaya, donde perdió un brazo, y quien más tarde fue Ministro de la Guerra en el Gabinete de Carranza durante el período pre-constitucional; el General Pablo González, Comandante del Departamento del Sur, al cual se le ha agregado el distrito de la Ciudad-Capital, e Ignacio Bonillas, Embajador de Méjico en los Estados Unidos.

Pero lo que parece ser una lucha triple sólo es en el fondo de carácter doble. El conflicto se halla entre Carranza y Obregón. De acuerdo con la Constitución, Carranza no puede reelegirse. Se encuentra sobre el particular en el mismo caso en que estaba Díaz cuando fue electo por primera vez Presidente de la República de Méjico, y los enemigos de Carranza dicen que éste se inclina a imitar la conducta de don Porfirio, valiéndose del poder del organismo federal para nombrar su sucesor y perpetuar su dominio. Después de haber cumplido un período presidencial, Díaz cambió la Constitución y volvió a la Presidencia.

Ya sea que Carranza acaricie o no semejante sueño, es el hecho que hay prueba de que en las elecciones de Estado se apoyará el aserto de que la máquina militar federal ha sido empleada en nombre de los candidatos que representaban los intereses Carrancistas, y contra los candidatos de Obregón. En tres Estados los resultados de la elección dieron dos grupos de Gobernadores y dos grupos de Legisladores que quedaron como rivales.

Hasta hace poco, González, oirginario de Nuevo León, se hallaba como representante del régimen Carrancista en la lucha por la Presidencia. Se llevó el triunfo como soldado en la revolución, y hace un año llamó la atención en el extranjero anunciando que él pensaba que Méjico llegaría a ser un gran partidario de los aliados. Su captura de Zapata también prometió aumentar su prestigio como Jefe militar, hasta que se supo que di-

cha captura ser ealizó mediante un acto de traición, verificado por uno de los oficiales bajo el mando de González.

Aunque nunca se ha establecido el hecho de que el acto tuvo la aceptación de González, siguió a esto una notable reacción de la opinión pública. Las amenazas que se dice fueron hechas al Congreso por el General González, han debilitado también su prestigio como candidato.

Agregad a esto que recientemente surgió en Méjico una ola de sentimiento en favor de un candidato civil más bien que militar, y según los críticos de Carranza es muy clara la razón por la cual hace unas cuantas semanas se lanzó la candidatura de Bonillas. Ciertas noticias procedentes de Ciudad-Méjico anuncian que el partido carrancista que hasta la fecha ha favorecido a González, echará ahora toda su fuerza en pro de Bonillas, en cuanto él lo consienta, se entiende, "para anunciarlo francamnte como candidato."

Bonillas nunca ha servido como soldado. Se graduó en la Escuela Tecnológica de Boston; su esposa es americana y está familiarizado con las costumbres de los Estados Unidos. Es un hombre pacífico, y en Washington se considera buena su carrera diplomática, porque ha usado su criterio para evitar errores más bien que para afirmar una fuerza constructiva.

Los secuaces de Obregón dicen que Bonillas es sencillamente un reflejo de Carranza, aunque un mayor número de responsabilidades traerá por consecuencia mayor iniciativa que hasta la fecha ha estado latente. Al comparar a Bonillas con Obregón o con González, se ve que aquél no es una figura nacional en Méjico, y si queda solo se cree que no podrá poner coto a la marea presidencial que sube.

Pero en la hisotria de la República que se halla más allá del Río Grande, no hay un solo caso en que un candidato opuesto al Presidente actualmente en funciones, gane la elección. El único recurso que le queda al leader que se opone al Jefe Ejecutivo y que desea llegar a ocupar su puesto, es el de la revolución. Por lo general, cuando la lucha se ha reducido no queda más que un candidato.

Hace algún tiempo el General Obregón, que se retiró del gobierno carrancista en 1914 y reanudó sus negocios en Sonora cosechando frijoles para exportar, fue preguntado públicamente por el General González si como candidato a la Presidencia convendría de antemano en aceptar los resultados de la elección. El interrogado rehusó, fundándose en que al hacerlo equivaldría a reflejar la estabilidad del Gobierno; Bonillas es también de Sonora.

Las tradiciones del poder del organismo federal no impiden a Obregón y sus partidarios un golpe audaz. Han lanzado ya su ataque sobre el Congreso Mejicano, con el objeto de controlarlo. El partido carrancista por otra parte, comenzó centralizando su ofensiva sobre los Estados. En la doble lucha que siguió, las fuerzas opositoras han chocado naturalmente en cada uno de los puntos de la controversia.

El ataque de Obregón fue concebido con mucha astucia; durante el régimen carrancista los oficiales del ejército han sido bien provistos. Las cuentas de sus gasos han subido mucho; se ha asegurado que no se han exigido comprobantes; al asestar el golpe sobre Carranza, los sostenedores de Obregón hicieron a los miembros de la Cámara de Diputados del Congreso Mejicano, llanamente, esta pregunta:

"¿Por qué no eleváis vuestro salario? Ved como los oficiales del ejércitos están absorbiendo el dinero. Tomando en cuenta el aumento y el costo de la vida, ¿no tenéis derecho acaso a que se os eleve el pago?"

Iniciada la propuesta, se pasó a la acción. La Cámara Legislativa aprobó el proyecto de elevar la paga de sus miembros cinco diarios o sean aproximadamente $2.50 oro americano. Cuando la disposición llegó a manos de Carranza, éste le oposu su voto basándose en que los miembros no podían votar en favor de elevar su sueldo.

Al tomar esta resolución jugaba en manos de los que trabajaban con el sentimiento de los Legisladores en el sentido de que no estaban rcibiendo lo justo, y se echaba la base del antagonismo entre el Primer Jefe y los Diputados.

La medida mencionada se volvió a presentar en una forma diferente, concediendo a los miembros de la Cámara Legislativa cinco pesos diarios para sus gastos. Se indicó que también esta disposición encontraría el voto del Presidente, y he aquí como se asestó el segundo golpe a los poderes de Carranza.

Dos de los poderes presdenciales son bastante amplios; uno de ellos lo es tanto que no se aviene a las ideas de responsabilidad que prevalecen con respecto al gobierno en los Estados Unidos.

Durante la guerra que acaba de terminar, nadie se habría atrevido a proponer que al Presidente Wilson, por motivos de emergencia nacional, se le diera poder de hacer apropiaciones mediante decreto presidencial, es decir, dejar en sus manos el manejo del mecanismo por el cual se colectan fondos en cualquier cantidad que sea. Sin embargo tal es el poder que se ha concedido a Carranza.

El otro golpe, según se proyectó, se refiere a los ofensores políticos, a los expatriados y demás, de Méjico. Muchas personas que antes fueron influyentes en los asuntos mejicanos viven ahora fuera de las fronteras de su patria, no por su propia voluntad. No pocas de ellas se ocupan en levantar complots para derrocar al gobierno de Carranza, y se creyó que un proyecto de ley de amnistía general constituiría una palanca poderosa de parte de carranza para poner en ejercicio el derecho de su veto. ,

Se introdujo un bill en la Cámara de Diputados para retirarle al Presidente el poder de emergencia de hacr apropiaciones y todas las otras autoridades extraordinarias de que se halla investido. Por este tiempo el General González recibió el mando de la Ciudad de Méjico, como agregado a sus otras obligaciones. En la lucha acalorada que siguió se dijo que aquel General carrancista había amenazado al Congreso con disolverlo si llevaban adelante el mencionado bill restrictivo.

Igual cosa había hecho Huerta en una crisis que se le presentó aunque sin autoridad emanada de la ley. González negó la especie relativa a esas amenazas, pero sean cuales fueren los hechos, es el caso que las inculpaciones sirvieron para excitar a los miembros a tomar una acción más resuelta.

Cuando la lucha llegaba a su clímax, Carranza no estaba en Ciudad-Méjico, en apariencia había dejado sus intereses en manos de González. Se hallaba en Querétaro, donde todavía se encuentra. Después de varias escaramuzas pasó el bill, y el resultado se tomó como una indicación manifiesta de que Carranza había perdido su dominio sobre la Cámara de Diputados, y que los partidarios de Obregón se habían apoderado de ella.

Mientras tanto, se introjudo en el Senado un bill de amnistía, bill que no fue informado por el Comité y que se presume que quedó retenido para esperar una ocasión propicia en que se usara como arma. Se duda, sin embargo, si hubiera podido progresar en el Senado, pues cuando el bill que cancelaba la autoridad del Presidente sobre las apropiaciones llegó a ese augusto cuerpo, el partido carracista logró rechazarlo.

No cabe duda que las dos disposiciones son el tema obligado de una ofensiva constante llevada a cabo por los obregonistas. Uno de los resultados completos ha tendido a reforzar a los partidarios de Obregón en el Congreso. La medida que concede cinco pesos diarios a los miembros de la Cámara para gastos fue aprobada, y esta vez, sin intervención de Carranza, que permitió que fuera ley.

En las elecciones de Gobernadores de los Estados, los carrancistas han llevado la supremacía. En Querétaro, donde hubo un choque de las fuerzas opositoras, el candidato carrancista logró llegar al poder. Tanto el ex-Gobernador como el actual han sido acusados por la Cámara de Diputados, por usar de fraudes en las elecciones y las causas enviadas han sido presentadas al Senado para que se siga el proceso. En San Luis Potosí, el candidato perdidoso, por cierto un obregonista, se retiró de la capital del Estado, y con una legislatura propia, intentó establecer un gobierno en otra parte del Estado. Se ha apelado del caso a la Cámara de Diputados mejicana.

En Guanajuate las circunstancias que prevalecen son semejantes; el obregonista pretendía que habría ganado de no haber sido por la intervención de las tropas federales que evitaron una lección imparcial. En Nuevo León había tres candidatos. Uno, del que se dice haber obtenido un ochenta por ciento de los votos, fue desaprobado, y en la resolución que llegó a la Legislatura del Estado ocupaba el tercer lugar en la lista. El candidato carrancista, con derecho o sin él, fue declarado triunfante.

Influenciados por Carranza, se cree que Bonillas o González u Obregón, como Presidentes, adoptarían una actitud conciliadora hacia los Estados Unidos. Se dice que Bonillas y González son pacíficos por naturaleza; pero Obregón es agresivo. Durante la guerra se aseguró que Obregón era germanófilo, aunque la especie se ha negado repetidas veces.

En política sus opiniones fueron netamente radicales, pero después de su visita a los Estados Unidos mientras continuaban las hostilidades, tuvo la oportunidad de apreciar en Washington la fuerza militar americana, y cuando se puso en

contacto con los hombres de negocios de la junta de industrias de guerra, sus opiniones se habían rebajado muchísimo. En su programa político, anunciaba que trataría con justicia a los capitales extranjeros invertidos en Méjico, y agregaba "de acuerdo con las leyes del país." Salvo que se modifique la Constitución de 1917, los capitalistas extranjeros afirman que dicho tratamiento es imposible.

Y AHORA ¿QUE HAY DE LOS ULTRAJES QUE HAN SIDO REGISTRADOS POR UN COMITE ESPECIAL AMERICANO?

De los treinta Estados y territorios que forman Méjico, todos execepto la Baja California que está bajo el control independiente del Gobernador Cantú y Quintana Roo, aislado en la Península de Yucatán,—todos, repito—han contribuido con su parte al total de violencias y derramamiento de sangre.

De las trescientas diez y siete reyertas que se han efectuado, los periódicos aztecas atribuyen doscientas sesenta y dos a la actividad de varias facciones que están en abierta lucha contra el gobierno carrancista; quince a las tropelías del bandolerismo organizado; quince a los desmanes de la policía y los oficiales del ejército, y tres a choques entre partidarios políticos. Dos periódicos, el "Excelsior" y "El Universal," publicaron en Ciudad-Méjico la noticia de trescientas doce de las mencionadas reyertas. Cuatro fueron publicadas por el "Correo del Norte," de Chihuahua, y otra por "El Heraldo" de esa misma ciudad.

Es un hecho significativo que la noticia de las reyertas haya aparecido en los periódicos mejicanos, pues durante el mes de junio las autoridades carrancistas arrestaron y deportaron a los distritos revueltos de Chihuaha, a varios periodistas, cuyos periódicos habían disgustado al gobierno por publicar el relato de ciertos disturbios.

El sistema de transportes de Méjico, el mantenimiento del cual es de tanta importancia para el gobierno y para el sostenimiento del pueblo, fue la primera presa que cayó en manos de los bandidos revolucionarios. Durante ciento doce días ocurrieron en diez y ocho Estados 72 voladuras de trenes con dinamita, saqueos, incendios y ataques a las estaciones del ferrocarril, demolición de las líneas férreas por los merodeadores rebeldes que operaban contra el gobierno carrancista.

Además de estos ataques directos contra los ferrocarriles, las fuerzas revolucionarias durante el periodo mencionado, atacaron y ocuparon treinta y una de las poblaciones más populosas en varias líneas ferrocarrileras, saqueando, quemando y matando siempre. En los Estados de Vera Cruz y Puebla hubo trienta ataques directos contra líneas importantes del ferrocarril que comunican la capital mejicana con la costa, todo lo cual causó una serie de interrupciones de tráfico.

El Estado de Puebla durante el período citado, fue el teatro de 34 escenas de violencia, de las cuales más de la mitad ocurrieron en las inmediaciones de la ciudad de Puebla, una de las poblaciones más grandes de Méjico. Uno de los ataques fue dirigido contra la hacienda de William Jenkins, Agente Consular de los Estados Unidos en Puebla, quien en octubre fue capturado y mantenido en rehenes por los rebeldes. En el ataque de junio la hacienda fue saqueada y el Administrador muerto.

El doce de junio toda la guarnición carrancista de San Marcos, Puebla, se rebeló, y los insurgentes saquearon las poblaciones, raptaron mujeres y hombres, y volaron con dinamita los trenes en todo el Estado.

51 reyertas ocurrieron en el Estado de Vera Cruz en el lapso de tiempo antes citado, y cada una de ellas se atribuye a la actividad de las fuerzas revolucionarias.

Durante este período se verificó la actividad ininterrumpida de Pancho Villa y sus fuerzas en los Estados de Chihuahua y Durango. El 20 de abril se suspendió el tráfico ferrocarrilero en la parte Sur de Chihuahua, a causa de las mismas actividades Villistas, y el 20 de mayo, Pancho se encontró en Parral, rumbo al Norte, con un millón de pesos de plata robados.

Se libraron varias batallas entre los villistas y los carrancistas, efectuando aquéllos numerosos ataques contra los trenes y contra los puntos estratégicos. El 4 de junio las fuerzas de Villa tenían en su poder la importante Ciudad de Parral, y el 9 capturaron San Andrés, y trasladaron sus cuarteles generales a dicha población. Estas actividades villistas dieron margen a que se estableciera una concentración en los campamentos de Jiménez, ordenada por el General Diéguez, Comandante carrancista,—y donde los americanos de

los distritos de Parral y Conchos, podían reunirse para buscar protección.

En varios casos las reyertas ocurrieron a causa de la deserción de los oficiales carrancistas, que se unían a las diferentes facciones.

El Estado de Méjico, donde está situada la Capital, acusó 15 desórdenes de carácter mayor durante el mencionado tiempo. El 9 de junio un grupo de rebeldes que operaba en el distrito federal detuvo y robó a una partida de pic nic en las afueras de la Capital, conservando a los hombres como rehenes. Varias poblaciones del Estado fueron ocupadas por los revolucionarios comandados por Arenas, y también por oficiales zapatistas.

(Tomado del "New York Times.")

UN NUEVO CENTRO DE INSTRUCCION

Ya se hacía sentir en la Capital la necesidad de un Colegio particular para varones que reuna toda clase de comodidades para los alumnos donde se imparta la Enseñanza con toda amplitud y donde se pongan en práctica nuevos sistemas de Educación.

El Liceo Franco-Belga que inaugurará el profesor don J. Adrián Zepeda, vendrá indudablemente a llenar aquella necesidad, pues reconocidas de todos son la competencia y la larga práctica en el Magisterio del Sr. Zepeda quien ha alcanzado los mejores triunfos en los Centros de Educación que ha regenteado.

CUENTOS Y BROMAS

CAPRICHO DE MUJER

Soñaba Marianela con aquel brazalete, símbolo de diez años de vida conyugal; con aquella barbada de oro, muy sólida, muy gruesa y con muy recios eslabones. Su primer capricho y su primer antojo era aquél. Lo tenía bien ganado. Dos lustros de juventud espléndida cruelmente profanada por el trabajo y las privaciones y las desoladas arideces espirituales de un vivir síntesis de todas las prosas y las monotonías, ¿no le daban derecho a una satisfacción? Y Marianela, sumisa, incluso por costumbre, ante todas las renunciaciones, no le era dado renunciar a su pulsera, aquella pulsera, cien veces vista y acariciada con el pensamiento y el deseo.

—¿Costará mucho? — murmuraba medrosilla, sin atreverse a mirar de frente a su marido.

Hipólito, sin responder, bajaba la cabeza, y ella, no osando insistir, decíase a sí misma con anhelo: "¿Podrá? ¿No podrá....?"

La fecha del aniversario se acercaba. Marianela, con creciente desasosiego, repetía las "alusiones." Apeló por fin a un supremo recurso. A la vuelta del paseo, ella le obligaba a detenerse ante los escaparates de las joyerías.

—¡Oh, qué preciosa...! ¡Mira...! ¡La pequeña no...! ¡La grande...! ¿Por qué no preguntas el precio?

Hipólito era tímido, con una timidez que acentuaba la conciencia de su posición modestísima y de su mediocridad.

—¡Vamos, hombre, que no van a comerte...! ¡Pregunta!—insistía ella.

Y cuando el marido, confuso, reaparecía balbuciendo:

—¡Piden trescientas cincuenta pesetas...!

Marianela exclamaba, con un gesto graciosísimo de banquera:

—¡Phs! ¡No es caro...!

Y tras un breve silencio, mimosa, implacable, añadía:

—¿Verdad que me la comprarás? ¡Si no me la compras me pondré triste! ¡Creeré que no me quieres, que te niegas a darme ese gusto en una fecha tan inolvidable para los dos...!

Hipólito bajaba la cabeza, como hacen los débiles. Muy enamorado de su mujer, su deseo hubiera sido adquirir allí mismo la anhelada pulsera; pero 350 pesetas, ¡son tantas pesetas para un hogar pobre, donde no hay más ingresos que un sueldo escaso?

—¿Qué dices?—insistía Marianela acariciándole con los ojos.— ¿Le comprarás el brazalete a tu "gatita"? ¿Sí...? ¡Oyeme...! Yo quería hacerme una falda azul marino como a tí te gusta. Pues bien: si me compras la pulsera, ¡no me hago la falda! ¿No es una compensación...?

El entonces replicaba con mansedumbre:

—¿No decías tú que los niños necesitan cal-

cetines y que los pantalones de Angelín le están un poco cortos?

—No te preocupes por eso... ¡Yo se los alargaré...!

Hipólito, como el caracol que esconde la cabeza, se encerraba dentro de sí, doblándose sucesivamente los dedos de la mano en un cálculo detenido y mudo.

Al día siguiente, Marianela, recién lavada, paseábase por la alcoba empuñando las tenacillas para rizarse el pelo. De repente, y con aire grave, le dijo a su marido:

—¿Y si yo contribuyera a la compra del brazalete dando una parte del dinero....? ¿Qué dirías tú?

El abrió mucho los ojos.

—¿Tú...?

—¡Ay, sí! Un dinero que he ahorrado, que he economizado de "lo de la casa", peseta a peseta, céntimo a céntimo, sin que tú lo supieses ni te lo imaginases. ¡Tengo veinte duros...! ¿Los quieres? ¿Podremos entonces comprar la pulsera?

Hipólito extendió la mano; pero ella quiso una garantía: pagar ella misma.

—Escucha. Esta tarde, cuando salgas del ministerio, la compramos. Tú me dejas que yo regatee, que yo hable, ¿comprendes?

Fueron unas horas de impaciente felicidad, de alegría loca, de imaginativos paladeos.

Al morir la tarde llegó el matrimonio a la joyería.

—¡Ahí está la pulsera! ¡Es hermosa...! ¡Cómo reluce...! ¡Que bonita...!

Entraron en el establecimiento. Marianela se hizo mostrar el brazalete. Lo contempló arrobada, se lo probó, examinó el cierre, volvió a abrirlo y, por fin, hizo desdeñosa una pregunta:

—¿Cuánto vale esta pulsera? ¿Doscientas cincuenta pesetas...?

El joyero sonrió, contemplando con cierto donjuanismo a la pizpireta compradora.

—Trescientas cincuenta pesetas—rectificó en voz baja con insinuante dulzura.

—¡Es demasiado caro!

Esta vez el joyero hubo de completar la sonrisa con un suspiro:

—¡No lo crea usted, señora...! ¡Es un brazalete elegante y muy bien concluído...! En fin, sé que pierdo; pero, "por ser para usted," trescientas cuarenta pesetas.

Marianela buscó los ojos de Hipólito.

—¿Es caro, verdad?

—Sí, un poco caro me parece... ¡Pero si te gusta...!

En la fisonomía inexpresiva de Hipólito se espejaba, no obstante, este pensamiento: "¡A mí no me haría la menor gracia pasearme con esa cadena de caballo, aunque sea de oro, puesta en la muñeca! ¡Pero está visto que sobre gustos...!"

—Bien—exclamó ella dirigiéndose al joyero—. ¡Pues me la llevaré! ¡Hipólito... paga!

Hipólito, desconcertado, le hizo un guiño.

—¡Ah, sí, es verdad...! ¡Tú no traes bastante!

Y sacando un billete de veinte duros, se lo alargó a su marido, suspirando.

—¿Estás ya contenta? — interrogó Hipólito cuando hubieron salido de la joyería.

—¡Contentísima...! ¡Como que te abrazaba si no estuviésemos en la calle...!

Cinco minutos después, Marianela detúvose

ante un escaparate muy iluminado para examinar de nuevo el brazalete.

—Oye. ¡Que cosa más rara....! ¡Me había parecido más grueso...! ¿Es éste el que yo elegí...?

—¡El mismo, mujer!

—Sí, es muy bonito; ¡es hermoso...!

A los cien pasos, Marianela examinó el cierre. Es un buen cierre; es muy sólido.

Al concluir de cenar, y aproximando su brazo a la lámpara del comedor, hízole a su marido otra pregunta:

—Dime la verdad: ¿te parece bonito el brazalete?

—A mí, sí. ¿Y a tí?

—También... Mira, lo único que le encuentro es que... no sé... me había parecido más ancho, más doble, con más oro... ¡Pero estoy muy contenta, muy contenta...!

Se hizo un silencio. En los ojos ardientes y devoradores de Marianela fulguró un nuevo deseo.

—Para el próximo aniversario, dentro de otros dos lustros, ¿sabes lo que quisiera? ¡Una
otros dos lustros, ¿sabes lo que quisiera? ¡Una
sortija de brillantes con una perla como un garbanzo en medio...!

Hipólito la oía estupefacto. Marianela, tras de una corta pausa y un suspiro, concluyó diciendo estas palabras, muy femeninas, muy ingenuas y.... un poco inquietadoras:

—¡Es tan agradable "desear"...!

CURRO VARGAS.

EL TALENTO DE LOS TONTOS

Ser tonto, ¡qué felicidad! mejor dicho ¡qué ganga!

El hombre que lo es, y que además aparenta serlo, tiene la ventaja de obrar como mejor le cuadre, y aprovecharse de la confianza que inspira para llegar a donde se propone.

Ni una vez siquiera he sido víctima de los hombres de talento, que generalmente son buenos; mucho lo he sido de los tontos que casi siempre son malos por su propia inopia.

El hombre de talento si es honrado, no compromete a nadie, aun cuando sacrifique sus intereses o su personalidad, porque así se lo aconsejan su rectitud de alma y sus luces; si no lo es, la idea general de que posee recursos bastantes en sus facultades para raiizar sus propósitos, hace poner en guardia a los que tratan con él.

¡Pero los tontos! De los tontos no hay medio de librarse. Dios me libre de los tontos,—decía un mi amigo— que de los hombres de talento yo sabré librarme; y rezaba todos los días un padrenuestro por la intención de los bobos. Empiezan por inspirar confianza, y ya sabemos que la confianza perjudica a quien la usa.

Delante de un tonto habla cualquiera sin rebozo de sus negocios interesantes, fiado en que no los conoce ni los entiende; a un tonto se le dice lo que no se le diría a un discreto por temor a maliciosas interpretaciones; en suma, cualquiera se fía de un tonto creyendo que no tratará de explotar en provecho propio los secretos que se le confíen.

La experiencia, sin embargo, es amarga y enseña lo contrario.

El político tonto llega a ser Ministro, cuando el talento o la ambición de hombre está al frente de los destinos de un pueblo, necesita de rodearse de figuras decorativas.

El hombre de negocios tonto, acierta la mayor parte de las veces, por lo mismo que no calcula ni pesa las probabilidades; de éxito.

El empleado tonto permanece en su puesto cuando el de talento deja el suyo por creerlo incompatible con su dignidad.

En resúmen, el tonto, de cualquier clase y condición que sea, siempre queda a flote. Los obstáculos que detienen a los hombres de talento, no hacen retroceder a los tontos, para quienes no significan nada las palabras inconsecuencia o deslealtad.

Los tontos van derecho a su objeto sin importarles un ardite las contradicciones en que incurran, ni las leyes morales que vulneren.

La tontería es el para-rayos de la calumnia, y la disculpa de la torpeza y la ignorancia.

Entiéndase bien que tomo la palabra tonto en su sentido recto; no en el que generalmente se le dá hoy.

Porque hoy se llama tonto al hombre que sacrifica su interés a su dignidad; su posición a su consecuencia; su vida a su honra.

Al que ocupa elevados puestos y baja de ellos sin un ochavo, se le llama tonto; lo mismo que al que no intriga para medrar, y al que no se vende para adquirir una posición.

Se le llama tonto al que ha tenido en sus manos la fortuna de cien familias y no ha hecho la suya propia; al que tiene escrúpulos de honradez; al que no reniega de sus principios cuando puede resultarle algún provecho.

También se llama tonto al que no explota la desgracia; al que no se aprovecha del trabajo de los demás, y al que pretende vivir del suyo. Los tontos de esta última clase pagan generalmente el pato que se comen los otros: son las verdaderas víctimas. Así vemos a los primeros encaramados en lo alto, imprimiendo el sello de su tontería a los negocios en que intervienen, pero explotándolos en beneficio suyo.

Si la cuestión está en vivir lo más cómodamente posible, si el instnto de conservación llevado hasta el sacrificio de los demás ha de sobreponerse a todo, convengamos en que los únicos hombres de talento, son los tontos; puesto que saben vivir, en el sentido práctico de la frase. Otro día insistiré sobre esto.

José NAKENS.

CURIOSA LEY INGLESA

En la legislación de la Gran Bretaña abundan las disposiciones antiguas, y algunos de ellas son curiosísimas. Véase el ejemplo:

Un individuo encargó a su sastre de Londres un traje a la moda. Cuando al cabo de algún tiempo le envió el sastre la cuenta, se negó a pagarla, y fué denunciado por el industrial ante los tribunales.

El juez preguntó al denunciado:

—¿Usted dice que no ha recibido el traje que le hizo este señor?

—¿Cómo he de decirlo, si ese traje es precisamente el que tengo puesto?

—¿Lo ha pagado usted?

—No.

—En este caso tiene usted la obligación de saldar la deuda.

—No, señor juez: Fíjese usted en el traje y verá que ejercito un derecho indiscutible al negarme a pagar. ¿Ve usted los botones...?

—¿Y qué tienen que ver los botones...?

—Mucho más de lo que usted se figura. El decreto de Jorge III de tal fecha dice en el artículo tantos que todos los sastres están obligados a poner en todas las prendas que hagan botones procedentes de las fábricas de Birmingham, y que de no hacerlo así pierden todo derecho a cobrar el importe de la ropa. Y como los botones de mi traje no han sido fabricados en Birmingham, y como el decreto de Jorge III, por no haber sido derogado, está vigente, no tengo nada que pagar a ese señor.

El juez se rindió a la evidencia.

ANECDOTA

Un día que Víctor Hugo estaba en su casa charlando con Lamartine, entró un criado y le entregó una carta, cuyo sobre decía únicamente:

"Al primer poeta de Francia".

Víctor Hugo se quedó un momento confuso, y en seguida se la dio a Lamartine.

—Tenga usted esta carta, que seguramente es para usted.

Lamartine leyó el sobre, y se la devolvió.

—No, no; de ninguna manera; es para usted.

Después de una breve discusión de cortesía, en la que los dos trataron de mostrarse a cual más galante y fino, decidieron romper el sobre para salir de dudas, y leyeron: "Querido Alfredo...."

La carta era para Alfredo de Mussett.

Se trataba sencillamente de una broma de Alejandro Dumas. ..

Lamartine se echó a reír; pero Víctor Hugo torció de tal manera el gesto, que se vió claramente que no le había hecho maldita la gracia.

Algunos años después, Clovis Hugues, recordando la broma, se atrevió a preguntar a Víctor Hugo:

—Bueno, maestro, y ahora en serio; ¿quién cree usted que es el primer poeta de Francia?

—Hombre, el primero.... el primero! No lo sé. El segundo Lamartine, y el tercero, Alfredo de Musset.

LOGICA AMOROSA

Una chula, no mal parecida, se enamoró de un mulato, que estaba de ayuda de cámara en el principal de su casa.

—¡Pero estás loca!—la dijo una amiga.—¡Enamorarse de un mulato, que es casi un negro!

—¡Chica, qué quieres... ! Estoy de alivio de luto!

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
,, ,,	Morán	8.05 ,,
,, ,,	Laguna	8.15 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.38 ,,
,, ,,	Palín	9.03 ,,
,, ,,	San Fernando	9.35 ,,
,, ,,	Escuintla	10.15 ,,
,, ,,	Santa María	10.40 ,,
,, ,,	Obispo	11.16 ,,
,, ,,	Pantaleón	11.31 ,,
,, ,,	Santa Lucía	11.40 ,,
,, ,,	Buena Vista	12.05 p. m.
Llega a	Patulul	12.40 ,,
Sala de	,,	1.10 ,,
,, ,,	Guatalón	1.35 ,,
,, ,,	Nahualate	2.00 ,,
,, ,,	Palo Gordo	2.20 ,,
,, ,,	Mazatenango	2.55 ,,
,, ,,	Cuyotenango	3.15 ,,
,, ,,	Muluá	3.33 ,,
,, ,,	San Sebastián	3.38 ,,
,, ,,	Retalhuleu	3.51 ,,
,, ,,	Las Cruces	4.16 ,,
,, ,,	San Miguelito	4.41 ,,
,, ,,	Santa Joaquina	5.06 ,,
,, ,,	Coatepeque	5.36 ,,
,, ,,	Pajapita	6.26 ,,
Llega a	Ayutla	7.00 ,,

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Ayutla	6.00 a. m.
,, ,,	Pajapita	6.30 ,,
,, ,,	Coatepeque	7.20 ,,
,, ,,	Santa Joaquina	7.45 ,,
,, ,,	San Miguelito	8.10 ,,
,, ,,	Las Cruces	8.35 ,,
,, ,,	Retalhuleu	9.05 ,,
,, ,,	San Sebastián	9.13 ,,
,, ,,	Muluá	9.23 ,,
,, ,,	Cuyotenango	9.38 ,,
,, ,,	Mazatenango	10.08 ,,
,, ,,	Palo Gordo	10.33 ,,
,, ,,	Nahualate	10.53 ,,
,, ,,	Guatalón	11.18 ,,
Llega a	Patulul	11.43 ,,
Sale de	,,	12.10 p. m.
,, ,,	Buena Vista	12.45 ,,
,, ,,	Santa Lucía	1.10 ,,
,, ,,	Pantaleón	1.20 ,,
,, ,,	Obispo	1.37 ,,
,, ,,	Santa María	2.15 ,,
,, ,,	Escuintla	2.45 ,,
,, ,,	San Fernando	3.15 ,,
,, ,,	Palín	3.48 ,,
,, ,,	Amatitlán	4.13 ,,
,, ,,	Laguna	4.36 ,,
,, ,,	Morán	4.46 ,,
Llega a	Guatemala	5.45 ,,

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
Llega a	Escuintla	10.10 ,,
Sale de	,,	1.40 p. m.
,, ,,	Santa María	2.15 ,,
,, ,,	Naranjo	2.41 ,,
,, ,,	Obero	3.05 ,,
Llega a	San José	3.30 ,,

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	San José	9.15 a. m.
,, ,,	Obero	9.45 ,,
,, ,,	Naranjo	10.10 ,,
,, ,,	Santa María	10.40 ,,
Llega a	Escuintla	11.10 ,,
Sale de	,,	2.45 p. m.
Llega a	Guatemala	5.45 ,,

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sala de	Guatemala	7.15 a. m.	2.00 p. m
,, ,,	Morán	8.05 ,,	3.10 ,,
,, ,,	Laguna	8.15 ,,	3.30 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.38 ,,	4.13 ,,
,, ,,	Palín	9.03 ,,	4.45 ,,
,, ,,	San Fernando	9.35 ,,	5.23 ,,
Llega a	Escuintla	10.10 ,,	5.55 ,,

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Escuintla	6.00 a. m.	2.45 p. m.
,, ,,	San Fernando	6.40 ,,	3.15 ,,
,, ,,	Palín	7.25 ,,	3.48 ,,
,, ,,	Amatitlán	8.10 ,,	4.13 ,,
,, ,,	Laguna	8.45 ,,	4.36 ,,
,, ,,	Morán	9.00 ,,	4.46 ,,
Llega a	Guatemala	10.20 ,,	5.45 ,,

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Antonio	6.00 a. m.
,, ,,	Palo Gordo	6.25 ,,
,, ,,	Mazatenango	7.10 ,,
,, ,,	Cuyotenango	7.32 ,,
,, ,,	Muluá	7.56 ,,
,, ,,	San Sebastián	8.03 ,,
Llega a	Retalhuleu	8.10 ,,

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Retalhuleu	2.30 p. m.
,, ,,	San Sebastián	2.38 ,,
,, ,,	Muluá	2.48 ,,
,, ,,	Cuyotenango	3.15 ,,
,, ,,	Mazatenango	4.05 ,,
,, ,,	Palo Gordo	4.30 ,,
Llega a	San Antonio	4.50 ,,

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Retalhuleu	8.20 a. m.
,, ,,	Las Cruces	8.51 ,,
,, ,,	Caballo Blanco	9.06 ,,
Llega a	Champerico	10.15 ,,

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Champerico	11.30 a. m.
,, ,,	Caballo Blanco	12.35 p. m.
,, ,,	Las Cruces	12.50 ,,
Llega a	Retalhuleu	1.25 ,,

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Felipe	7.00 a. m.	1.30 p. m.
,, ,,	Casa Blanca	7.12 ,,	1.42 ,,
,, ,,	San Andrés	7.25 ,,	1.55 ,,
Llega a	Muluá	7.50 ,,	2.20 ,,

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Muluá	9.30 a. m.	3.45 p. m.
,, ,,	San Andrés	10.00 ,,	4.15 ,,
,, ,,	Casa Blanca	10.20 ,,	4.35 ,,
Llega a	San Felipe	10.35 ,,	4.50 ,,

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ayutla	7.10 p. m.
Llega a	Ocós	7.50 ,,

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ocós	5.10 a. m.
Llega a	Ayutla	5.50 ,,

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de	Guatemala	7.00 a.m.
,, ,,	Fiscal	7.59 ,,
,, ,,	Agua Caliente	8.26 ,,
,, ,,	Sanarate	9.37 ,,
,, ,,	Estrada C.	10.02 ,,
,, ,,	Progreso	10.32 ,,
,, ,,	Rancho	11.02 ,,
,, ,,	Jícaro	11.25 ,,
,, ,,	Cabañas	11.47 ,,
,, ,,	Reforma	12.06 p.m.
Llega a	Zacapa	12.41 ,,
Sale de	Zacapa	1.06 ,,
,, ,,	Gualán	2.20 ,,
,, ,,	Santa Inés	3.10 ,,
,, ,,	Los Amates	3.30 ,,
,, ,,	Quiriguá	3.41 ,,
,, ,,	Montúfar	4.16 ,,
,, ,,	Virginia	4.33 ,,
,, ,,	Morales	5.01 ,,
,, ,,	Darmouth	5.17 ,,
,, ,,	Cayuga	5.34 ,,
,, ,,	Tenedores	5.51 ,,
Llega a	Puerto Barrios	6.40 ,,

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de	Puerto Barrios	6.40 a.m.
,, ,,	Tenedores	7.29 ,,
,, ,,	Cayuga	7.46 ,,
,, ,,	Darmouth	8.05 ,,
,, ,,	Morales	8.23 ,,
,, ,,	Virginia	8.50 ,,
,, ,,	Montúfar	9.06 ,,
,, ,,	Quiriguá	9.45 ,,
,, ,,	Los Amates	9.55 ,,
,, ,,	Santa Inés	10.14 ,,
,, ,,	Gualán	11.07 ,,
Llega a	Zacapa	12.16 p.m.
Sale de	Zacapa	12.41 ,,
,, ,,	Reforma	1.15 ,,
,, ,,	Cabañas	1.34 ,,
,, ,,	Jícaro	1.56 ,,
,, ,,	Rancho	2.25 ,,
,, ,,	Progreso	2.57 ,,
,, ,,	Estrada C.	3.27 ,,
,, ,,	Sanarate	3.54 ,,
,, ,,	Agua Caliente	5.05 ,,
,, ,,	Fiscal	5.37 ,,
Llega a	Guatemala	6.40 ,,

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale Guatemala Diario	7.05 a. m.
,, ,, ,,	8.30 a. m.
,, ,, ,,	12.01 a. m.
,, ,, ,,	3.00 p. m.
,, ,, ,,	5.55 p. m.

De Ciudad Estrada C., a Guatemala

Sale Estrada C. Diario	7.22 a.m.
,, ,, ,,	8.47 a.m.
,, ,, ,,	1.25 p.m.
,, ,, ,,	3.17 p.m.
,, ,, ,,	6.12 p.m.

DOMINGOS, EXTRA:

Sale de Guatemala	5.00 p.m
Sale de Estrada C.	5.17 p.m.

J. H. CLEGG, Superintendente de Transportes

R. M. LEECH, Superintendente General.

A. CLARK. Gerente General.